De las deidades infeliz objeto,
La fama del estado lastimoso
A que mi vida reducida veo,
No ha llegado á mi patria ni á ninguna
Comarca que vivienda es de los griegos!
Los que me han relegado de este modo
Tan impío y cruel, allá, en silencio,
Se burlan, y mi mal juzgan que crece
Cada día. Hijo fiel, digno renuevo
De Aquiles, yo soy, pues, aquel caudillo
Que tal vez has oído, así lo pienso,
Nombrar como el que guarda aquellas flechas
Cual hijo de Peano, del tremendo
Y poderoso Hércules. Escucha:
Mi nombre es Filoctetes; al que han puesto
Los atridas y el rey Cefaleniano
En esta soledad, cual miras, lleno
De ignominia y ya presa de una horrible
Enfermedad, y siempre en su tormento,
Desgarrado de víbora homicida
Por el cruel mordisco, y sin consuelos.
En tal estado, pues, fuí abandonado
En tan agreste sitio, casi muerto,
Cuando á Crisa, batida por los mares,
Dejó la armada y abordó al fin luego
En estas tristes playas. Tras difícil
Navegación, aquí viéronme ellos
Dormido en la ribera, de una roca
Al abrigo; y de gozo entonces llenos,
Me abandonaron yéndose y dejándome.
Como á un ser miserable, algunos restos
De telas; era un rasgo compasivo,
¡Eso sí! de ruines alimentos.
¡Espérenles las mismas amarguras,
Y sientan, ay, el mismo sufrimiento!
¿Puedes acaso figurarte ¡oh, hijo!,
El horror espantoso de mi sueño,
Cuando, después de su partida, vime
En tan inmensa soledad despierto?
¿Cuáles mis lloros, los salvajes gritos
De aquél que desespera, cuando viendo
Mis ojos esas naves que en un día
Volaban á mis órdenes, ya lejos,
Que partían sin mí, y cuando á nadie
A mi lado encontré, que por lo menos
Pudiera darme auxilio en mis congojas

Y acudir á mis crudos sufrimientos?
En vano mis miradas dirigía
De esta isla salvaje á los extremos;
Desolación no más doquier hallaba,
Del ser desesperado los tormentos.
A un día sucedíase otro día;
Su viva marcha apresuraba el tiempo,
Y encontrábame solo en esta gruta
Sin tener lo preciso á mi sustento;
Este arco me dió preciosos víveres,
Hiriendo á las palomas en su vuelo,
Mas al ave alcanzada por mi flecha,
Infeliz, por mí mismo, con mi esfuerzo
Faltábame buscar, yendo arrastrando
Mi lacerado pie. Cuando sediento
En la fría estación, érame fuerza
Buscar el agua que beber, cubierto
Todo estando de escarcha; era preciso
Partir algunas ramas, y sujeto
Nada más á arrastrame cual si fuera
Miserable reptil; al punto el fuego
Me faltaba, una piedra contra otra
Frotando sin cesar, lograba al menos
Con gran fatiga producir la llama
Que avaras me ocultaban; la que ha hecho
Hasta ahora que pueda al fin salvarme
De un fin inevitable cual funesto.
En un asilo inhabitado siempre,
Al cabo todo remedióIo el fuego,
Pero no dió á mis males el alivio,
Ni á este continuo y singular anhelo.
Ahora, pues, esta isla en que me hallo
Conoce tal cual es. Oyeme atento.
Ningún piloto por su gusto á ella
Ha arribado jamás, porque ni puerto
Halla aquí, ni lugar donde con lucro
Pueda hacer nauta alguno su comercio.
Ningún mortal prudente ha dirigido
A ella su bajel. A pesar de esto
Puede verse arrojado á sus riberas
Algún marino por contrarios vientos,
Porque posibles son tales desdichas
En el curso tan largo y los sucesos
De la vida del hombre, pero siempre
Los que en caso se miran tan extremo,
Compasivas palabras me dirigen;

Alguna vez me dejan alimentos,
Me dan vestidos por piedad, mas nadie
Cuando á enterarles de mi suerte llego,
Salvarme quiere, á mi querida patria
Tornándome. Así, pues, aquí me encuentro
Infeliz ha diez años, siempre presa
Del hambre y del dolor, y sosteniendo
Una llaga feroz que me devora.
Tales son, hijo mío, los tormentos
Que me imponen sufrir esos atridas
Y Ulises con crueldad. Puedan, lo espero,
Los dioses del Olimpo hacer que tengan
De mis desdichas á su vez el premio.

EL CORO. Yo, hijo de Peano, no concibo
Por ti menos piedad que el extranjero
Que antes llegara á visitar tu albergue.

NEOPTOLEMO. Testimonio yo mismo prestar puedo
De la verdad de tus sentidas quejas,
Yo, que probé de los atridas fieros
La maldad, y de Ulises la iracundia
Y violencia cruel.

FILOCTETES. ¿Según infiero,
También tú, tú también algún agravio
O algún justo interior resentimiento
Contra el atrida tienes?

NEOPTOLEMO. Y es profundo
Y fundado en verdad el que le tengo.
¡Pueda segura mi venganza un día
Tener, y pueda demostrar mi aliento
A Micenas y á Esparta, y que de Esciros
Los hombres salen de indomable esfuerzo!

FILOCTETES. ¡Bien, hijo! Eso me agrada. Mas ¿qué ofensa
Excita tus rencores contra ellos?
¿Tan temible el agravio es que así sientes?

NEOPTOLEMO. ¡Ay! me es costoso relatar de nuevo...
¡Oh, hijo de Peano! ¿he de decírtelo?
El afrentoso ultraje que me han hecho
A mi llegada ante la misma Troya,
Cuando llegué á sus tiendas sin recelo,
Después que fiera la inflexible Parca
Cortó de Aquiles el vital aliento...

FILOCTETES. ¡Altos dioses! ¿Qué dices? No prosigas
Antes que sepa si murió de cierto
El hijo de Peleo.

NEOPTOLEMO. Es indudable.
No por la mano de mortal ha muerto.

Pero sí á las de un dios; según se dice,
De los rayos herido fué de Febo.

FILOCTETES. Noble fué el vencedor; noble la víctima;
Mas no sé si debiera en tal momento
De tus desdichas informarme antes
O las suyas llorar.

NEOPTOLEMO. ¡Ay! ¡según pienso
Tus dolores te bastan, infelice,
Para llorar ahora los ajenos!

FILOCTETES. Cierto es: vuelve entonces al relato
De los ultrajes míseros de aquéllos.

NEOPTOLEMO. Ulises el divino, y aquél otro
A quien mi padre protegió, vinieron
A buscarme en bajel todo pintado
De colores muy vivos y diversos,
De blancas velas y gallardo porte,
Diciéndome, no sé si falso ó cierto,
Que fenecido ya mi noble padre,
El destino tan sólo á mis esfuerzos
Permitía rendir los fuertes muros
De Troya. Tal entrambos me dijeron,
Y yo no diferí cruzar los mares,
Sobre todo, avivado en mí el deseo
De abrazar á mi padre antes que hubiera
A la tumba bajado. Sí, extranjero,
Porque nunca le vi; de un noble estímulo
Animado á la vez me hallaba, es cierto:
De la esperanza de tomar los muros
Del troyano, mostrando mi denuedo.
De nuestro rumbo en el segundo día,
Llevado, pues, por favorables vientos,
Abordamos al triste promontorio
Que el nombre ha recibido de Sigeo.
No bien hube pisado la ribera
Me vino á rodear todo el ejército;
Saludóme, jurando cada uno
Que á ver á Aquiles volvería de nuevo.
Mas, ¡ay! que ya ese Aquiles no existía,
Y desdichado yo, después que acerbo
Y amargo llanto derramé á su muerte,
En breve fuí hasta el mismo campamento
De los viles atridas que creía
Tener por mis amigos más sinceros.
Las armas de mi padre reclaméles
Y les pedí mi herencia por completo.
Pero ¡oh, dioses potentes! esta odiosa

Respuesta mis oidos les oyeron:
«¡Oh, vástago de Aquiles!; cuanto era
»De tu padre, ahora es tuyo; eres su dueño;
»Mas de sus armas poseedor es otro:
»El hijo de Laertes». Tal oyendo
No pude contener mis tristes lágrimas,
Y de súbito alzándome al fin, lleno
De indignación y cólera, les dije:
«¿Habéis osado, miserables, puestos
»En contra de lo justo, cuando antes
»No intentasteis tener mi asentimiento,
»Con insidiosa maña y con malicia
»Y sin consulta alguna, haceros dueños
»De mis armas?» Presente estaba Ulises,
Y respondióme al punto: «Sí, mancebo;
»Con justicia, en verdad, me fueron dadas,
»Porque logré salvarlas con el cuerpo
»De tu padre.» Yo, entonces, en el colmo
De mis furores íntimos é inmensos,
De maldiciones le colmé y de injurias.
¡Así mis armas me robaba artero!
Mas él, hasta tal punto ya estrechado,
De mis palabras ofendido, aun siendo
Fácil en él el dominar la cólera,
Así me replicó: «Tú, en aquel puesto
»Que debieras estar, no te encontraste;
»No estabas donde estábamos, mancebo,
»Y nunca llevarás las armas éstas
»Que reclamas así tan altanero,
»A esa tierra de Esciros». Cuando hube
Recibido este ultraje tan sangriento,
Despojado de todo, tan vilmente
Por Ulises, el hombre más perverso,
De la herencia que sólo era ya mía,
Con ira inútil á mi patria vuelvo
Contra Ulises; no obstante, no es tan dura
La acusación que á los atridas puedo
Lanzar en mi infortunio. Las ciudades
Lo mismo, pues, dependen que un ejército
Que sigue sus banderas en el campo,
De aquéllos que las rigen: son aquéllos
Que el daño causan, criminales viles
Por las lecciones de sus torpes dueños.
Ya lo sabes, pues, todo: ¡que el que odia
A los atridas con mi mismo anhelo,
El digno amigo de los dioses sea;

Para mí el más querido al mismo tiempo!

EL CORO. ¡Tú, á quien adornan las altivas cumbres,
¡Oh, tierra! tú que das grato alimento
A los seres creados, tú la madre
De Júpiter divino, que tu puesto
En las márgenes tienes del Pactolo
De las áureas arenas: con respeto
Yo también á mi vez, también, ¡ay! antes,
Te invoqué, madre augusta, cuando fieros
Los atridas al hijo de ese Aquiles
Causaron un ultraje tan sangriento,
Despojándole entonces de las armas
De quien el ser le diera; honor supremo
De Laertes al hijo concedido!
¡Oh, diosa, ya sentada en carro espléndido
Por leones tirado, haz que aniquilen
Estas fieras los toros traicioneros!

FILOCTETES. Por mis huéspedes hoy os reconozco
Al oir un relato tan funesto,
Que á mi vez hallo acorde y ajustado
Con mis tristes y propios sentimientos;
Reconozco la obra de ese Ulises,
De los rudos atridas que aborrezco.
De engaño y de maldad sé que es su lengua
Un odioso y un mísero instrumento,
Del que nunca, por último, se obtiene
Sino lo injusto sólo. De esos hechos
Ninguno me sorprende, mas me asombra
Que Ayax, el más famoso, conociéndolos
Los haya soportado.

NEOPTOLEMO. No existía
Entonces, porque vivo, sí, extranjero,
No hubiera sido despojado nunca
De mis armas.

FILOCTETES. ¿Qué has dicho? ¿Ayax ha muerto?

NEOPTOLEMO. Ya no existe.

FILOCTETES. ¡Ay de mí! ¡Ni aquel Diomedes,
Ni el hijo de Laertes, ni Tideo,
Hay temor de que hayan fenecido,
Si los que dignos de vivir han muerto!

NEOPTOLEMO. Sí, en verdad. Tales son los que en el día
Rigen vanos la hueste de los griegos.

FILOCTETES. ¿Y Néstor de Pilós, mi viejo amigo,
Mi leal y valiente compañero,
Vive aún? A lo menos contenía
Con sus sabios, magníficos consejos,

Sus malvados designios.

NEOTPOLEMO. Ahora vive
Sumido en la aflicción, desde que ha muerto
Antíloco, su hijo, ante los muros
De la ciudad troyana.

FILOCTETES. ¡Oh, desconsuelo!
Me anuncias ¡ay! la pérdida sensible
De dos hombres de quienes mi deseo
Hubiera sido el ignorar la muerte.
¿Qué justicia esperar de los excelsos
Y prepotentes dioses, cuando llegan
Tales héroes de hazañas tan sin cuento
A sucumbir, y cuando Ulises vive
En el mismo paraje en que el primero
Debiera fenecer?

NEOPTOLEMO. Es sin disputa
Un hábil luchador, mas nunca es nuevo,
Filoctetes, que caigan los más hábiles
A su vez.

FILOCTETES. Pero dime: ¿qué se ha hecho,
En nombre de los dioses, de Patroclo,
A quien tu padre quiso con extremo?

NEOPTOLEMO. También ha perecido: en pocas frases
Te explicaré, pues, todo. Es, ¡ay! muy cierto
Que con pesar la guerra despiadada
Al cobarde aniquila, mas al bueno,
Al valiente y audaz nunca perdona.

FILOCTETES. Al tuyo al par mi testimonio agrego,
Y á propósito tal, has de decirme:
De una indigna persona de talento,
Del don de la palabra nada escaso,
¿Al presente, no ignoras qué se ha hecho?

NEOPTOLEMO ¿De quien quieres hablar si no es de Ulises?

FILOCTETES. No es á Ulises, no; á otro me refiero;
De un Tersito te hablo, á quien gustábale
Repetir incesante sus consejos,
Aunque escucharlos nadie los quisiera.
¿Sabes tú si aún existe?

NEOPTOLEMO. No recuerdo
Haberle visto, pero sé que aún vive,
O que alentaba entonces, cuando menos.

FILOCTETES. Debe ser, porque nunca el miserable
Se muere, no; los dioses, según creo,
Le dan su protección: á todo inicuo
Y avezado á lo malo, es su contento
Substraer de los antros infernales

Para hollar la virtud, y cuanto es bueno
Precipitar al punto. ¿Qué es preciso
Pensar en vista de los mismos hechos?
¿A qué alabarlos, pues, si tan injustos
Los hallo así, cuando elogiarlos quiero?

NEOPTOLEMO. A Ilión, Filoctetes, y al atrida
Mirando en adelante desde lejos,
De su impuro contacto alejaréme:
Allí donde el malvado y el perverso
Sobre el honrado prevalece; en donde
Aquel que alienta corazón de acero
Sucumbe, y el cobarde así se engríe,
¿Cómo vivir y demostrar mi aprecio
A semejantes hombres? Con sus rocas
Esciros, pues, me basta; allí contento
En mi palacio viviré. A mi nave
Sin detenerme más ahora me vuelvo.
Adiós, ¡oh, el hijo de Peano! Puedas
Ser tan dichoso como yo deseo,
Y las deidades de tu mal te libren
Como tú lo apeteces. Ya dejemos
Estos sitios, y vamos en espera
De que los dioses favorable viento
Nos den, por que podamos nuestras lonas
Desplegar en los mares.

FILOCTETES. ¿Qué, tan presto,
Hijo mío, te marchas?

NEOPTOLEMO. Sí; el instante
De ponerse á la vela es lo más cierto
Aprovecharle pronto estando cerca,
Que no en la tierra y de las olas lejos.

FILOCTETES. Por los seres que diéronte la vida,
¡Oh, hijo mío! por todo á lo que afecto
Tengas y el ser de tu mayor cariño,
Con insistentes súplicas te ruego
Que solo, abandonado no me dejes,
Presa del mal en que me ves sufriendo
Y cuya triste relación oíste.
A los tuyos agrégame en aumento;
No ignoro cuán pesada podrá serte
Esta carga; no obstante, como bueno
Sopórtala; las almas generosas
Detestan las bajezas; sus empeños
A la gloria tan sólo se encaminan
En todo lo que sea honrado y recto.
Si te excusas, ¡qué acción tan vergonzosa!

Mas si accedes, ¡oh, hijo! en tal momento
¡Cuánta gloria tendrás y recompensa
Si con vida, de Eta arribo al suelo!
¡Bah! La pena será de solo un día.
Resuélvete, y acógeme, pues, luego,
Donde quieras: á popa; ó bien á proa,
En la sentina misma; no apetezco
Sino un triste rincón; en donde sea
Para todos allí menos molesto.
En el nombre del mismo soberano
Del Olimpo, consiente en mi deseo;
Del protector de todo lo suplico;
Ten piedad; á tus plantas me prosterno
Doliente cual me ves... ¡Ay, desdichado!
No, al fin, abandonado en un desierto
Me dejes, donde no hay vestigio alguno
De la huella del hombre. Sea tu pecho
Compasivo, y me salve y me conduzca
A tu patria, á la margen del Eubeo
Do Calcodón domina; de estas playas
No ha de ser, no, muy largo ya el trayecto
Hasta el monte de Eta y las alturas
De Traquina y la margen del Esperquio,
De tan hermosas aguas, y devuélveme
¡Ay! á mi padre que en el alma quiero.
¡Cuán haberle perdido en un espacio
Tan largo de desdichas ya me temo!
Porque no pocas veces con los mismos
Que abordaban aquí, mis tristes ruegos
Enviéle pidiéndole viniese
En un bajel para salvarme y presto
Conducirme á mi patria. Pero sea
Que en la tumba descanse ya en efecto,
O que las gentes que encargadas iban
De mi mensaje, se olvidaran luego,
Ni se cuidaron que á su patria fuese
El ser abandonado en tal destierro.
Hoy recurro á ti, pues; sé tú mi guía
A la vez que mi noble mensajero.
Tú me puedes salvar; tú, digno siempre,
Con el hermoso corazón del bueno,
Me tendrás compasión. ¡Ay! ¡considera
Cuán terrible es la vida que tenemos
Los míseros mortales, acosados
De infortunios, de llantos y de riesgos,
De cambios venturosos é infelices!

Contando el hombre con los males ciertos
De la existencia, debe los reveses
Prevenir de antemano, si en el seno
De la fortuna próspera se halla:
Entonces es cuando velar con tiempo
Sobre ella le es fuerza, temeroso
De que, al fin, se disipe en un momento.

EL CORO. De su mísera suerte te apiada,
¡Oh, monarca! Sus hórridos tormentos
Tan sin tregua, te ha dicho. ¡A los que amo
Quieran los dioses preservarles de ellos!
Mas, ¡oh, rey! si aborreces los atridas,
Sus torpes injusticias yo, volviendo
De este ser infeliz hoy sus maldades
En debida ventaja y en provecho,
Le llevaré al lugar donde impaciente
Hoy anhela volver, allá á su suelo,
En nuestra nave, rápida y provista
De tal modo cortando aquel severo
Castigo, aquella súbita venganza
De los potentes dioses.

NEOPTOLEMO. Con exceso
Complaciente te muestras; pero cuando
De su mal el contacto te haya hecho
El disgusto sentir, teme no sea
Tu lenguaje ése mismo, y sentimientos.

EL CORO. ¡Eso no! No es posible que esa justa
Reconvención á hacer tengas derecho.

NEOPTOLEMO. De parecer así menos solícito
De socorrer á un huésped me avergüenzo;
Embarquémonos, pues, que él se apresure
Y en nuestra nave encontrará ya asiento.
No me opongo. Permitan las deidades
Que en buen hora estas márgenes dejemos,
Y nos lleven en próspera bonanza
De nuestro rumbo por el mar al término.

FILOCTETES. ¡Oh, día bienhadado! ¡Oh, dicha inmensa!
¡Oh, tú, mi bienhechor! ¡Oh, Neoptolemo,
Y vosotros, amigos todos caros!
¿Cuál pudiera probaros yo con hechos
La gratitud que despertáis ahora
En lo profundo de mi triste pecho?
Partamos, sí, partamos, hijo mío,
Después de que un adiós, adiós postrero,
Dé á este mísero albergue. Tú no ignoras
Cuán falto de valor en tal destierro

He llegado á vivir. Cual yo, ninguno
Hubiera soportado, así lo creo,
La vida; mas, al cabo, me ha enseñado
La precisión á amar aun hasta aquello
Que mi desdicha era.

EL CORO. Tened todos.
De qué se trata á conocer lleguemos.
Dos hombres á estos sitios se dirigen:
El uno es de la nave marinero;
Extranjero es el otro. Lo que quieran,
Escuchar puedes tú. Luego irás dentro
De tu gruta.

## LOS CABALLEROS

### POR ARISTÓFANES

ARISTÓFANES.—El más insigne de los poetas cómicos griegos, nació, probablemente, entre los años 450 y 446 antes de Jesucristo; de su muerte sólo se puede decir que no acaeció después del año 380. Poca cosa sabemos de su vida, fuera de lo que nos dan á conocer de ella las alusiones personales que se hallan en sus propias obras. Su primera comedia, «Los Babilonios», apareció en 427, y á ella siguieron más de cuarenta, de las cuales únicamente han llegado once hasta nosotros: «Los Acarnenses», «Los Caballeros», «La Paz», «Las Aves», «Lisistrata», «Las Tesmoforiantas», «Las Ranas», «Las Junteras» y «Pluto». Aristófanes es el único representante que nos queda de la llamada Comedia Antigua de Atenas.

—DEMÓSTENES.—¡Oh, qué calamidad! ¡ojalá confundan los dioses á ese recién venido paflagonio y á sus malditos consejos! Desde que, en mal hora, se introdujo en esta casa, no cesa de apalear á los esclavos.

NICIAS.—¡Ojalá perezca desastradamente con sus infames calumnias!

DEMÓSTENES.—¿Cómo lo pasas, desdichado?

NICIAS.—Muy mal; lo mismo que tú.

DEMÓSTENES.—Principio ya. Tenemos un amo selvático, voraz por las habas, irascible, tardón y algo sordo; se llama Pueblo Pniciense. El mes último compró un esclavo zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, á hacerle la rosca, á adularle, á

acariciarle y á sujetarle con sus correíllas, diciéndole :—¡ Dueño mío ! vete al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito ; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos. ¿Quieres que te sirva la comida?—y arrebatando después lo que cada uno de nosotros había dispuesto para sí, se lo ofrecía generosamente al viejo. Ultimamente le había yo preparado en Pilos un pastel lacedemonio ; pues bien, no sé de qué manera se las arregló ese bribón ; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano pueblo y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas se coloca junto á su señor cuando cena, y espanta á los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya chocho, pone manos á la obra. Acusa y calumnia á todos los de la casa y nos muelen á golpes. El mismo paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles :—¿Veis cómo por mi causa le sacuden á Hilas? ¡ Si no hacéis lo que quiero, moriréis hoy mismo !—y nosotros le damos cuanto pide, pues si no, pateados por el viejo, aflojaríamos ocho veces más. Tratemos, pues, cuanto antes, amigo mío, del camino que debemos seguir y adónde debemos ir á parar. ¡ Di ! ¿qué hace el paflagonio?

NICIAS.—Harto de vino y palos denunciados, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

DEMÓSTENES.—Entonces escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libación.

NICIAS.—Toma y haz una libación en honor del buen Genio ; bebe, bebe el vino del genio de Prarunio.

DEMÓSTENES.—¡ Oh, buen genio ! esta idea no es mía, sino tuya.

NICIAS.—¡ Cómo ! ¡ habla pronto ! ¿qué se te ha ocurrido?

DEMÓSTENES.—Entra en la casa mientras duerme, y escamotéale sus oráculos al paflagonio.

NICIAS.—Lo haré. Mas, temo que esa idea te la haya inspirado un mal genio.

DEMÓSTENES.—Anda. En tanto llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

*(Entra en la casa Nicias y vuelve en seguida.)*

NICIAS.—¡ Con qué furia ronca y se desahoga el paflagonio !

así es que le he substraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba cuidadosamente.

DEMÓSTENES.—¡Tu destreza no tiene rival! dámelo para que lo lea. En tanto, échame vino á toda prisa. Veamos lo que dice. ¡Oh, qué precioso hallazgo! dame, dame pronto la copa. ¡Maldito paflagonio! ¡por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere á ti!

NICIAS.—¿Cómo?

DEMÓSTENES.—Aquí se dice cómo ha de perecer.

NICIAS.—Pero, ¿cómo?

DEMÓSTENES.—¿Cómo? el oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor de estopas que gobernará la República.

NICIAS.—Ya hemos tenido el vendedor. ¿Y después?

DEMÓSTENES.—Será el segundo un tratante en ganado.

NICIAS.—Ya van dos comerciantes, y á ése ¿qué le sucederá?

DEMÓSTENES.—Mandará hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entonces, reemplazándole el paflagonio, comerciante en pieles, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Cigloboro.

NICIAS.—¿El tratante en ganado debía, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

DEMÓSTENES.—Sí, por cierto.

NICIAS.—¡Infeliz de mí! ¿dónde podremos encontrar otro comerciante?

DEMÓSTENES.—Aún hay otro de astucia extraordinaria.

NICIAS.—¿Quién, por favor, quién es?

DEMÓSTENES.—¿Lo diré?

NICIAS.—Sí, por Júpiter.

DEMÓSTENES.—Un choricero será quien le derribe.

NICIAS.—¡Un choricero! ¡Nobilísimo oficio, por Neptuno! pero, ¿dónde hallaremos á ese hombre?

DEMÓSTENES.—Busquémosle.

NICIAS.—Ahora entra uno en el mercado; los dioses nos lo envían.

*(Entra el choricero con una tabla llena de embutidos.)*

DEMÓSTENES.—¡Ven, ven, choricero dichoso! ¡adelante, hombre querido, á quien está reservada nuestra salvación y la de la República!

El choricero.—¿Qué es esto? ¿por qué me llamáis?

—Demóstenes.—Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

Nicias.—Ea: cógele el tablero y entérale del oráculo del dios y de su contenido. Voy á ver lo que hace el paflagonio.

Demóstenes.—Vamos: deja primero en el suelo tus mercancías, y adora después á la tierra y á los dioses.

El choricero.—Heme aquí. ¿Qué es ello?

Demóstenes.—¡Mortal bienaventurado! ¡mortal opulento, que hoy no eres nada, y mañana lo serás todo! ¡oh, jefe de la afortunada Atenas!

El choricero.—¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

Demóstenes.—¿Qué tripas? ¡Insensato! mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos?

El choricero.—Las veo.

Demóstenes.—Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás el Senado; destituirás á los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás á prisión y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

El choricero.—¿Yo?

Demóstenes.—Sí, tú; y aún no lo ves todo. Súbete sobre este tablero y mira todas las islas del rededor.

El choricero.—Las veo.

Demóstenes.—No; tú *venderás* todo eso. Porque llegarás á ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

El choricero.—Pero, ¿cómo yo, que soy un choricero, llegaré á ser un personaje?

Demóstenes.—Por eso mismo llegarás á ser un grande hombre; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

El choricero.—Me creo indigno de ser grande.

Demóstenes.—¡Pobre de mí! ¿de qué te crees indigno? parece que abrigas aún algún buen sentimiento; ¿acaso perteneces á una clase honrada?

El choricero.—No, por los dioses; pertenezco á la canalla.

Demóstenes.—¡Oh, mortal afortunado! ¡de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la Naturaleza!

El choricero.—Pero, buen amigo, ¡si no he recibido la menor instrucción! ¡si sólo sé leer, y eso, mal!

DEMÓSTENES.—Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal, porque el gobierno popular no pertenece á los hombres instruidos y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.—Me lisonjean, por vida mía, sus vaticinios; mas no acierto á comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMÓSTENES.—Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras á hacer con los intestinos, y conquista el cariño del pueblo engolosinándole con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo á pedir de boca: voz terrible; natural perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para gobernar la República. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te designan para ello. Ea: ponte una corona, haz una libación á la *necedad* y ataca á tu rival denodadamente.

EL CHORICERO.—¿Y quién me ayudará? los ricos le temen; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMÓSTENES.—Pero hay mil honrados caballeros que le detestan y que te defenderán; en concilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, ya se le conocerá; los espectadores no son lerdos.

*(Sale Cleón.)*

EL CHORICERO.—¡Desdichado de mí! ¡ya sale el paflagonio!

CLEÓN.—No quedará impune—lo juro por los doce grandes dioses,—la conspiración que estáis tramando contra el pueblo hace tanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Calcis? no cabe duda de que tratabais de sublevar á los calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

DEMÓSTENES.—¡Eh, tú! ¿por qué huyes? quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, caballeros: llegó la hora. Simón, Panecio: colocaos en el ala derecha; ya se acercan. Persiste tú también y dale cara de nuevo. El polvo que levantan te anuncia que ya llegan; resístele, acométele, hazle que huya.

CORO DE CABALLEROS.—Hiere, hiere á ese canalla enemigo de

los caballeros, recaudador sin conciencia, avispero de perversidad, mina de latrocinios, y canalla, cien veces canalla y siempre canalla ; nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa á ese bribón ; maldícele como nosotros y persíguele gritando. ¡ Cuidado, no se te escabulla ! ¡ mira que sabe los caminos por donde Eucrates se escapó, salvándose !

CLEÓN.—¿ Todos os sublevàis contra mí? ¡ y, sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba á proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor !

CORO.—¡ Qué hablador y qué astuto ! mira cómo se arrastra á nuestro alrededor y trata de engañarnos, como si fuéramos unos viejos chochos. Mas, si vence por estos medios, con ellos será castigado ; si se inclina hacia aquí, le aplicaré un puntapié.

CLEÓN *(apaleado)*.—¡ Oh, pueblo ! ¡ oh, ciudadanos ! ¿ qué fieras me patean el vientre?

CORO.—¿ También tú gritas, destructor de la República?

EL CHORICERO.—Yo me comprometo á ahuyentarle al punto con mis gritos.

CORO.—Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor ; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEÓN.—Yo delato á ese hombre, y sostengo que ha llevado las salsas de sus mercancías á las naves peloponesas.

EL CHORICERO.—Y yo, voto á briós, acuso á éste de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío y haber vuelto de él con el vientre lleno.

DEMÓSTENES.—Y, además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Pericles.

CLEÓN.—Los dos vais á morir.

EL CHORICERO.—Gritaré tres veces más que tú.

CLEÓN.—Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO.—Te ensordeceré con mis gritos.

CLEÓN.—Te acusaré cuando seas general.

CORO.—¿ No has hecho desde el principio ostentación de desvergüenza, arma única de los oradores? tú, que eres el jefe de esta impudente gavilla, sonsacas á los extranjeros opulentos ;

por eso el hijo de Hipodamo, llora cuando te mira ; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro! otro hombre más bribón que tú, que te arrojará del puesto y á lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. *(Al choricero)*. Tú, que te has criado aquí, de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educación honrada.

El choricero. — Escuchad, pues, quién es este ciudadano.

Cleón.—¿No me dejarás hablar?

El choricero.—No, por cierto ; también yo soy un canalla.

Coro.—Si eso no le convence, dile que también fueron canallas tu padre y tu madre.

Cleón.—¿No me dejarás hablar?

El choricero.—No.

Cleón.—Sí.

El choricero.—No, por Neptuno. Discutamos antes para ver á quién le corresponde hablar el primero.

Cleón.—¡ Oh, voy á estallar !

El choricero.—No te dejaré.

Coro.—Déjale, por los dioses te lo pido ; déjale que estalle.

Cleón.—¡ En qué cepo de madera te voy á meter !

El choricero.—Te acusaré de cobardía.

Cleón.—Cubriré sillas con tu piel.

El choricero.—Te desollaré para hacer un zurrón de bandidos.

Cleón.—Te clavaré en el suelo.

El choricero.—Te haré picadillo.

Cleón.—Te arrancaré los párpados.

El choricero.—Te reventaré el buche.

Cleón.—¡ Migajones, como un perro ! ¿y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo?

El choricero.—¡ Eh, por Júpiter ! también yo cometía mis fraudes cuando chico. Engañaba á los cocineros diciéndoles : «mirad, muchachos, ¿no véis? ya viene la primavera, la golondrina». Ellos miraban, y mientras tanto, yo les atrapaba muy buenas tajadas.

Coro.—¡ Astucia admirable ! ¡ inteligencia precoz ! como los

aficionados á comer ortigas, hacías tu cosecha antes de volver las golondrinas.

El choricero.—La mayor parte de las veces no me veían, pero si alguno lo notaba, escondía la carne entre los muslos, y juraba por todos los dioses que nada tenía. Por lo cual dijo un orador que me vió: Es imposible que ese muchacho no llegue á gobernar la República.

Coro.—Acertó en su pronóstico. Claro está en qué se fundaba: en que negabas descaradamente el hurto, mientras lo escondías entre las nalgas.

Cleón.—Yo reprimiré tu audacia, ó más bien la de los dos, me arrojaré sobre ti con ímpetu horrendo, y, á modo de violento torbellino revolveré los mares y la tierra.

El choricero.—Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y encomendándome sobre ella á las olas propicias, te daré que sentir.

Cleón.—Eres un impostor.

El choricero.—Y tú, un bandido.

Coro.—Dale duro!

Cleón.—¡Ay! ¡ay! los conspiradores me matan á palos.

Coro.—¡Dale, dale duro; azótale el vientre con manojos de intestinos, castígale sin piedad. ¡Oh, admirable corpulencia! ¡oh, el forzado corazón, salvador de la República y de los ciudadanos! ¡con qué hábil oratoria ha sabido vencerle! ¡ojalá pudiéramos alabarte como deseamos!

Cleón.—Iré al punto al Senado y delataré á todos vuestra conspiración, vuestras reuniones nocturnas contra la República, vuestra connivencia con el rey persa, y ese negocio con los de Beocia que tratáis de que cuaje.

Coro.—Demuéstranos ahora ingenio y valor; tú, que, como acabas de confesarlo, escondías en otro tiempo la carne entre los muslos. Corre al Senado sin perder un instante, pues ése va á calumniarnos á todos, vociferando como acostumbra.

El choricero.—Voy allá; pero antes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos.

Coro.—Para que al combatir, harto de ajos, tengas más fuerza, amigo mío; pero anda pronto.

El choricero.—Ya voy.

Coro.—Procura morderlo y derribarlo, arráncale la cresta y no vuelvas sin haberte comido su papada. Parte alegre y triun-

fa como es mi deseo. ¡Que el Júpiter del mercado te guarde y vuelvas vencedor y cubierto de coronas! *(Vuelve el choricero).*

Coro.—¡Oh, el más querido y valiente de los hombres! ¡cuán inquietos nos ha tenido tu ausencia! ya que vuelves sano y salvo, cuéntanos cómo te las has arreglado.

El choricero.—Escuchad, pues la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apenas entró en el Senado empezó con su voz estentórea á tronar contra los caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras que empezaban á ser creídas. El Senado le escuchaba y tan fácilmente se apacentó de aquellas falsedades, que crecían prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaban miradas severas y fruncían el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producían efecto y que conseguía engañar á su auditorio, exclamé:—¡Oh, dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas; y tú, Mercado, en donde se educó mi niñez; dadme audacia, lengua expedita é impudente voz! Cuando pensaba en esto, un bardaje se deshahogó á mi derecha, y yo me prosterné en actitud de adoración; después, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme:—Senadores, soy portador de buenas noticias y quiero ser el primero en anunciároslas: desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.—Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes y en seguida me decretaron una corona por la fausta nueva; yo, en cambio, les enseñé en pocas palabras un secreto para comprar muchas anchoas por un óbolo: que era el recoger todos los platos á los fabricantes; todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiendo esto el paflagonio, que conoce el modo de engatusar al Senado, dijo:—Ciudadanos: propongo, ya que tantas buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueves á Minerva.—Y el Senado se puso otra vez de su parte: yo, viéndome entonces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificase hasta doscientos y además mil cabras á Diana si al día siguiente se vendían las sardinas á un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo á mi favor; y el paflagonio, aturdido, empezó á decir necedades: los arqueros y pritanos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se trataba de las anchoas. El les suplicaba que es-

perasen un momento :—Escuchad—exclamaba,—lo que va á deciros el enviado de la ceremonia : Viene á tratar de la paz.—Entonces gritaron todos á una :—¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¡Después que han sabido lo baratas que tenemos las anchoas, no necesitamos paz, sino la guerra!—Y mandaron á los pritanos que levantasen la sesión. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí á comprar cuanto cilantro y puerros había en el Mercado, y los distribuí luego gratis á todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con qué elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que con un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

CLEÓN.—¡Que me muera si no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.—Me gusta oir tus amenazas y reirme de tus humos ; de miedo que me das, bailo y grito ¡qui qui ri qui!

CLEÓN.—¡Pobre hombre! No pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado : acudamos al pueblo.

EL CHORICERO.—Nada nos lo impide : adelante, no haya tardanza.

CLEÓN.—¡Oh, pueblo! ¡sal aquí!

EL CHORICERO.—Sí, por Júpiter ; sal aquí, padre mío!

CLEÓN.—¡Pueblecillo mío, querido, sal para que veas cuán indignamente me trata!

PUEBLO.—¿Quiénes son esos alborotadores? ¡fuera pronto de esta puerta! me habéis tirado el ramo de olivo. ¿Quién te maltrata, paflagonio?

CLEÓN.—Este, y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

PUEBLO.—¿Por qué?

CLEÓN.—Porque te quiero, ¡oh, pueblo! y estoy enamorado de ti.

PUEBLO.—Y tú, ¿quién eres?

EL CHORICERO.—Yo soy su rival ; te amo ya hace tiempo y como otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anhelo serte útil ; pero éste nos lo impide, pues tú te pareces á esas jóvenes rodeadas de amantes ; no quieres á los buenos y honrados, y te entregas á los vendedores de lámparas, y á los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

CLEÓN.—Pueblo mío : convoca una asamlea para que sepas quién de los dos te quiere más, y decidas quién merece tu amor.

CLEÓN.—¡Oh, poderosa Minerva, protectora de la ciudad! Si después de Lisigles, Cinna y Salabaca soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado á costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por ti, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo, y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.—¡Y yo, pueblo mío, si no es cierto que te amo y estimo, permita Júpiter que sea cocido y hecho menudísimas tajadas; si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico.

CLEÓN.—¡Oh, pueblo! ¿cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero he enriquecido tus tesoros, atormentando á éstos, apurando á aquéllos y pidiendo á otros, sin atender á ningún particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.—Todo eso, ¡oh, pueblo!, nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes á otros para servírtelos. No creas que se te ama y procura tu bien en consideración á tu persona, sino por calentarse á tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maratón la espada contra los persas y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? nunca se le ha ocurrido, como á mí, ofrecerte un cojín, como éste que te traigo cosido con mis propias manos. Ea: levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados estos miembros que trabajaron tanto en Salamina.

PUEBLO.—¿Quién eres, amigo mío? ¿eres, acaso, de la raza de Armodio? Tu obsequio es en verdad muy popular y delicado.

CLEÓN.—Eso es muy poco para que te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.—A fe que tú le has engañado con mucho menos cebo.

CLEÓN.—¿No es insufrible, ¡oh, pueblo! tener que oir estos dicterios sólo porque te amo?

PUEBLO.—Cállate: basta de injurias. Harto tiempo me has engañado.

EL CHORICERO.—¡Es un malvado, pueblecillo mío! ha cometido mil iniquidades mientras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar á peso de oro la impunidad de los concusio-

narios, y, metiendo el brazo hasta el codo en el tesoro de la república, ha robado cuanto ha podido.

(Después de esto, la lucha entre los rivales comienza con toda formalidad. Es un torneo de obsequios al pueblo, de carácter culinario principalmente, y el eterno plato, la cuestión de Pilos, es de nuevo servido al viejo camorrista, al cual parece que el poeta está dispuesto á disgustar con la única hazaña llevada á cabo por Cleón. El choricero lleva por algún tiempo la ventaja en los regalos, hasta que le sorprende la noticia de que Cleón ha conseguido un magnífico plato de liebre para el pueblo. Al principio se desconcierta, pero luego recurre á una estratagema.—Han venido á mí unos embajadores—dice—y parece que traen las bolsas bien repletas.—¿Dónde están?—exclama Cleón ansiosamente, volviéndose á todas partes.—La carne de liebre pasa inmediatamente á manos de su rival, el cual ofrece al pueblo la golosina en su propio nombre. Cleón se indigna naturalmente.—¡Fuí yo quien tuve el trabajo de coger la liebre!—gritaba.—¡Y fuí yo quien tuve el trabajo de prepararla!—replica el choricero.—¡Necios!—dice el experto pueblo—no me importa quién la cogió, ni quién la ha preparado; lo único que me interesa es quién me la ha servido á la mesa.—Cleón pierde cada vez más terreno. Su rival propone una nueva prueba de afecto.—Que se registren nuestras arcas—dice,—y así se verá quién ha sido más generoso con el pueblo y su estómago.—Se hace esto, y el arca del nuevo candidato se encuentra vacía.—Eso es—dice—porque todo lo he dado á mi querido pueblecillo.—En la de Cleón hay abundancia de cosas exquisitas; y un tentador pastel de queso provoca en particular la sorpresa del pueblo.—¡Granuja!—exclama.—¡Esconder un prodigioso pastel de queso como éste, y darme á mí un miserable bocado de él!; ¡y eso después que le he regalado una corona y muchas otras cosas más!—Cleón tiene que quitarse la corona (ó guirnalda) y ponerla en la cabeza de su enemigo. El choricero, que ha adoptado desde entonces el nombre de Agorácrito, apenas recupera el favor del pueblo, lo alimenta y agasaja de tal modo, que el viejo recupera las fuerzas y bríos de su pasada juventud. Vuelve á ser el mozo varonil y espléndido de los tiempos de Maratón y Salamina. Desde luego, todo esto se refiere á los sucesos políticos y militares de la época.)

CORO.—¡Antorcha de la sagrada Atenas, salvador de nuestras islas!, ¿qué fausta nueva nos anuncias? qué dicha es ésa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

AGORÁCRITO.—He regenerado al pueblo, y lo he hermoseado.

CORO.—Y ahora, ¿dónde está? ¡oh, inventor de cambio tan prodigioso!

AGORÁCRITO.—Habita en la antigua Atenas, coronada de violetas.

CORO.—¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿cómo es ahora?

AGORÁCRITO.—Es lo que era antes, cuando tenía por comensales á Milciades y Arístides. Vais á verle; pues ya resuenan las puertas de los propíleos. Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones á la admirable y celebrada Atenas; miradla qué bella aparece, recobrado su antiguo esplendor y habitada por un pueblo ilustre.

CORO.—¡Oh, hermosa y brillante ciudad coronada de violetas! muéstranos al único señor de este país y de la Hélada.

¡Salud, rey de los griegos! Contigo nos congratulamos; sobre ti ha derramado la fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maratón.

El pueblo se adelanta, engalanado con su espléndido y anticuado atavío. Los rasgos de su máscara han sido trocados por los de la juventud, y durante toda la escena manifiesta las características que, en opinión de los atenienses, denotaban la juventud: ardor, vehemencia, y algo de timidez y embarazo.

PUEBLO.—¡Oh, queridísimo amigo! acércate, Agorácrito. ¡Cuánto bien me has hecho transformándome!

AGORÁCRITO.—¿Yo? Pero, buen hombre, aun no sabes lo que eras antes y lo que hacías; de otra suerte me creerías un dios.

PUEBLO.—¿Pues qué hice antes? dime: ¿cómo era?

AGORÁCRITO.—Antes, si alguno decía en la asamblea: «¡oh, pueblo, yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que velo por tus intereses!», al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

PUEBLO.—¿Yo?

AGORÁCRITO.—Y después de engañarte se marchaba.

PUEBLO.—¿Qué dices? ¿eso hicieron conmigo, y yo nada conocí?

AGORÁCRITO.—No es extraño : tus orejas se extendían unas veces, y otras se plegaban como un quitasol.

PUEBLO.—¡ Tan imbécil y chocho me puso la vejez !

AGORÁCRITO.—Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves y el otro de pagar á los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que habló del sueldo, y derrotado el que propuso armar la escuadra.—Pero ¿qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

PUEBLO.—Me avergüenzo de mis faltas pasadas.

AGORÁCRITO.—Pero no te aflijas ; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame : si algún abogado chocarrero te dice : «Jueces, no tendréis pan si no condenáis á este acusado», ¿qué le harás?

PUEBLO.—Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro, colgándole del cuello á Hipérbolo. Después mandaré que ningún ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas pueda pasar por recomendación á otro orden ; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

AGORÁCRITO.—Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo.

PUEBLO.—Ningún imberbe podrá hablar en la asamblea.

AGORÁCRITO.—¿Y dónde perorarán Clístenes y Estratón?

PUEBLO.—Hablo de esos jovenzuelos que frecuentan las tiendas de perfumes, donde charlan así :—¡ Qué docto es Feax ! ¡ Cuán acertada ha sido su educación ! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce á su fin : es sentencioso, sabio, y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto.

AGORÁCRITO.—Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡ Hola, treguas : presentaos pronto !

PUEBLO.—¡ Júpiter supremo ! Qué hermosas son ! Dime, por los dioses : ¿puede tratarse con ellas? ¿Dónde las encontraste?

AGORÁCRITO.—Pues qué, ¿no las tenía guardadas el paflagonio para que tú no las hallases? Yo te las doy ; vete al campo y llévatelas.

PUEBLO.—¿Qué castigo vas á imponer á ese paflagonio que ha hecho tanto mal?

AGORÁCRITO.—Uno pequeño. No le impondré más que el

ejercer mi antiguo oficio : vender chorizos en las puertas, y picar carnes de perros y burros. Cuando se embriague, reñirá con las prostitutas, y no beberá más agua que la de las bañeras.

PUEBLO.—Excelente idea : nadie más digno que él de destrozarse á denuestos con los bañeros y prostitutas. En recompensa de tantos beneficios te invito á venir al Pritáneo y á ocupar en él la silla de aquel miserable. Sígueme y coge esta túnica verde rana. Conducid al paflagonio al sitio donde ha de ejercer su oficio, para que lo vean los extranjeros á quienes solía ultrajar.

## PARÁBASIS

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que recitáramos sus versos en el teatro le hubiera sido difícil conseguirlo ; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio, ya porque odia á los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque, desafiando intrépido al huracán y las tempestades, no le atemoriza el decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo no haya solicitado un coro, y preguntádole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos su motivo. «No ha sido sin razón—dice,—el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo». Sabe, además, desde hace tiempo, cuán inconstante es vuestro carácter y con qué facilidad abandonáis, apenas envejecen, á los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo á Magnes cuando le empezaron á blanquear los cabellos. Aunque había conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos ; aunque recorrió todos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, lidios y cinices ; aunque se pintó el rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonasteis, porque con los años había perdido aquella gracia que os hacía reir. También se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos, en el apogeo de su gloria corría impetuosamente por los llanos y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con sus adversarios vencidos ; entonces no se podía cantar en los banquetes otra cosa que *Doro, la de las sandalias de higuera, y autores de himnos elegantes* : ¡tan floreciente estaba! Pero

ahora cuando le veis chochear no os compadecéis de él: desde que á su lira se le caen sus clavijas, se le saltan las cuerdas y se le tuercen las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas, ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecía beber en el Pritáneo y en vez de delirar en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto á la estatua de Baco. ¿Y Crates, cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió á pesar de que os alimentaba á tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y, sin embargo, éste fué el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido, repitiéndose á menudo: «Es preciso ser remero antes de ser piloto y »guardar la proa y observar los vientos antes de dirigir por sí »mismo la nave.» En gracia de esta modestia, que le ha impedido deciros necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas; honradle en estas fiestas. Leneas con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de sus triuntos, se retire con la frente radiante de alegría.

## DE LA PAZ

POR BAQUÍLIDES

Ya la gran paz sagrada
Torna á llenar los hombres de riquezas.
La lengua delicada
Del divino poeta en mil bellezas
Alegre se desata,
Y en dulces versos los asuntos trata.
Arden llamas doradas
En la ara de los dioses poderosos,
Y con ellas mezcladas,
Las piernas de los bueyes vigorosos,
Y la lanuda oveja
Tampoco de acudir al rito deja.
La juventud ardiente
Himnos y flautas suena, y va al amado
Gimnasio diligente,
Y en el arnés de hierro entrelazado
En tanto se desvela

La negra araña en fabricar su tela.
La aguda lanza muerde
La roña y la consume, y las espadas
De dos filos las pierde;
Y ni ya á las pupilas fatigadas,
De la trompa el sonido
Arranca el dulce sueño apetecido.
Vense por todas partes
Gratos convites de amistad gozosa
En diferentes artes;
Y en todos ellos suenan, con hermosa
Música, cuanto cabe,
Sagrados himnos al amor süave.

## LA GRANDEZA DE ATENAS

### POR TUCÍDIDES

(De la «Oración fúnebre de Pericles».)

Pessôa
15-VII-11
2ª P. 17-VII-11

TUCÍDIDES.—Nació el año 471 antes de Cristo; murió el 402 antes de Cristo. Historiador que consagró parte de su vida al estudio y composición de un libro sobre la *Guerra del Peloponeso*, larga contienda en la cual tomó él mismo parte como general de los atenienses. Condenado al destierro, murió asesinado. Ha sido considerado como el primer historiador-filósofo.

Muchos de aquéllos que antes de ahora han hecho oraciones en este mismo lugar y asiento, alabaron de gran manera esta costumbre antigua de elogiar, delante del pueblo, á aquéllos que murieron en la guerra; mas, á mi parecer, las solemnes exequias que públicamente hacemos hoy, son la mejor alabanza de aquéllos que por sus hechos las han merecido. Y también me parece que no se debe dejar al albedrío de un hombre solo que pondere las virtudes y loores de tantos buenos guerreros, ni menos dar crédito á lo que dijere, sea ó no buen orador, porque es muy moderarse en los elogios, hablando de cosas de que apenas se puede tener firme y entera opinión de la verdad. Porque si el que oye tiene buen conocimiento del hecho y quiere bien á aquél de quien se habla, siempre cree que se dice menos en su alabanza de lo que deberían y él querría que dijesen; y, por el contrario, el que no tiene noticia de ello, le parece, por envidia, que todo lo que se dice de otro, es superior á lo que alcanzan sus fuerzas y poder. Entiende cada oyente que no deben elogiar á otro por haber hecho

Atenas.

más que él mismo hiciera, estimándose por igual, y si lo hacen tiene envidia y no cree nada. Empero, porque de mucho tiempo acá está admitida y aprobada esta costumbre, y se debe así hacer, me conviene, por obedecer á las leyes, ajustar cuanto pueda mis razones á la voluntad y parecer de cada uno de vosotros, comenzando por elogiar á nuestros mayores y antepasados. Porque es justo y conveniente dar honra á la memoria de aquéllos que primeramente habitaron esta región y, sucesivamente, de mano en mano, por su virtud y esfuerzo nos la dejaron y entregaron libre hasta el día de hoy. Y si aquellos antepasados, son dignos de loa, mucho más lo serán nuestros padres que vinieron después de ellos, porque, además de lo que sus ancianos les dejaron por su trabajo, adquirieron y aumentaron el mando y señorío que nosotros, al presente, tenemos. Y, aun también, después de aquéllos, nosotros, los que al presente vivimos y somos de madura edad, le hemos ensanchado y aumentado, y provisto y abastecido nuestra ciudad de todas las cosas necesarias, así para la paz, como para la guerra. Nada diré de las proezas y valentías que nosotros y nuestros antepasados hicimos, defendiéndonos así contra los bárbaros como contra los griegos, que nos provocaron guerras, por las cuales adquirimos todas nuestras tierras y señoríos, porque no quiero ser prolijo en cosas que todos vosotros sabéis; pero después de explicar con qué prudencia, industria, artes y modos nuestro Imperio y señorío fué establecido y aumentado, vendré á las alabanzas de aquéllos de quien debemos hablar, porque me parece que no es fuera de propósito al presente traer á la memoria estas cosas, y que será provechoso oirlas á todos aquéllos que aquí están, ora sean naturales, ora forasteros; pues tenemos una República que no sigue las leyes de las otras ciudades vecinas y comarcanas, sino que da leyes y ejemplo á los otros, y nuestro gobierno se llama «democracia», porque la administración de la República no pertenece ni está en pocos, sino en muchos. Por lo cual, cada uno de nosotros, de cualquier estado ó condición que sea, si tiene algún conocimiento de virtud, tan obligado está á procurar el bien y honra de la ciudad como los otros, y no será nombrado para ningún cargo, ni honrado, ni atacado por su linaje ó solar, sino tan sólo por su virtud y bondad; que por pobre ó de bajo suelo que sea, con tal que pueda hacer bien y provecho á la República,no será excluido de los cargos y dignidades públicas.

Nosotros, pues, en lo que toca á nuestra República, gobernamos libremente ; y asimismo en los tratos y negocios que tenemos diariamente con nuestros vecinos y comarcanos, sin causarnos ira ó saña que alguno se alegre de la fuerza ó demasía que nos haya hecho, pues cuando ellos se gozan y alegran, nosotros guardamos una severidad honesta y disimulamos nuestro pesar y tristeza. Comunicamos sin pesadumbre unos á otros nuestros bienes particulares, y en lo que toca á la República y al bien común, no infringimos cosa alguna, no tanto por temor al juez, cuanto por obedecer las leyes, sobre todo las hechas en favor de los que son injuriados, y aunque no lo sean, causan afrenta al que las infringe. Para mitigar los trabajos tenemos muchos recreos, los juegos y contiendas públicas que llaman sacras, los sacrificios y aniversarios que se hacen con aparatos honestos y placenteros, para que con el deleite se quite ó disminuya el pesar y tristeza de las gentes. Por la grandeza y nobleza de nuestra ciudad, traen á ella de todas las otras tierras y regiones, mercaderías y cosas de todas clases ; de manera que no nos servimos y aprovechamos menos de los bienes que nacen en otras tierras, que de los que nacen en la nuestra.

En los ejercicios de la guerra somos muy diferentes de nuestros enemigos, porque nosotros permitimos que nuestra ciudad sea común á todas las gentes y naciones, sin vedar ni prohibir á persona natural ó extranjera ver ni aprender lo que bien les pareciere, no escondiendo nuestras cosas, aunque pueda aprovechar á nuestros enemigos verlas ó aprenderlas ; pues confiamos tanto en los aparatos de guerra y en los ardides y cautelas, cuanto en nuestros ánimos y esfuerzo, los cuales podemos siempre mostrar muy conformes á la obra. Y aunque otros muchos, en su mocedad, se ejercitan para cobrar fuerzas, hasta que llegan á ser hombres, no por eso somos menos osados ó determinados que ellos para afrontar los peligros cuando la necesidad lo exige. De esto es buena prueba, que los lacedemonios jamás se atrevieron á entrar en nuestra tierra en son de guerra sin venir acompañados de todos sus aliados y confederados ; mientras nosotros, sin ayuda ajena, hemos entrado en la tierra de nuestros vecinos y comarcanos y, muchas veces, sin gran dificultad, hemos vencido á aquéllos que se defendían peleando muy bien en sus casas. Ninguno de nuestros enemigos ha osado acometernos cuando todos estábamos juntos, así por nuestra experiencia y ejercicio en las

cosas del mar, como por la mucha gente de guerra que tenemos en diversas partes. Si acaso nuestros enemigos vencen alguna vez una compañía de las nuestras, se alaban de habernos vencido á todos, y si, por el contrario, los vence alguna gente de los nuestros, dicen que fueron acometidos por todo el ejército.

Y, en efecto : más queremos el reposo y sosiego cuando no somos obligados por necesidad, que los trabajos continuos, y deseamos ejercitarnos antes en buenas costumbres y loable policía, que vivir siempre con el temor de las leyes : de manera que no nos exponemos á peligro pudiendo vivir quietos y seguros, prefiriendo el vigor y fuerza de las leyes al esfuerzo y ardor del ánimo. Ni nos preocupan las miserias y trabajos antes que vengan. Cuando llegan, las sufrimos con tan buen ánimo y corazón, como los que siempre están acostumbrados á ellas. Por estas cosas y otras muchas, podemos tener en grande estima y admiración esta nuestra ciudad, donde viviendo en medio de la riqueza y suntuosidad, usamos de templanza y hacemos una vida morigerada y filosófica, es, á saber, que sufrimos y toleramos la pobreza, sin mostrarnos tristes ni abatidos, y usamos de las riquezas, más para la necesidades y oportunidades que se pueden ofrecer, que para la pompa, ostentación y vanagloria. Ninguno tiene vergüenza de confesar su pobreza, pero tiénela muy grande de evitarla con malas obras. Todos cuidan de igual modo de las cosas de la República que tocan al bien común como de las suyas propias ; y ocupados en sus negocios particulares, procuran estar enterados de los del común. Sólo nosotros juzgamos al que no se cuida de la República, no solamente por ciudadano ocioso y negligente, sino, también, por hombre inútil y sin provecho. Cuando imaginamos algo bueno, tenemos por cierto que el consultarlo y el razonar sobre ello no impide realizarlo bien, sino que conviene discutir cómo se debe hacer la obra, antes de ponerla en ejecución. Por esto, en las cosas que emprendemos usamos juntamente de la osadía y de la razón más que ningún otro pueblo, pues los otros, algunas veces, por ignorantes, son más osados que la razón requiere, y otras, por quererse fundar mucho en razones, son tardíos en la ejecución.

Serán tenidos por magnánimos todos los que comprendan pronto las cosas que pueden acarrear tristeza ó alegría, y juzgándolas atinadamente no rehuyan los peligros cuando les ocurran.

En las obras de virtud somos muy diferentes de los otros, por-

que procuramos ganar amigos haciéndoles beneficios y buenas obras antes que recibiéndolas de ellos; pues el que hace bien á otro, está en mejor condición que el que lo recibe para conservar su amistad y benevolencia, mientras que el favorecido sabe muy bien que con hacer otro tanto paga lo que debe. También nosotros solos usamos de magnificencia y liberalidad con nuestros amigos, con razón y discreción, es decir, por aprovechar sus servicios y no por vana ostentación y vanagloria de cobrar fama de liberales.

En suma: nuestraciudad es totalmente una escuela de doctrina, una regla para toda la Grecia, y un cuerpo bastante y suficiente para administrar y dirigir bien á muchas gentes en cualquier género de cosas. Que todo esto se demuestra por la verdad de las obras antes que con atildadas frases, bien se ve y conoce por la grandeza de esta ciudad; que por tales medios la hemos puesto y establecido en el estado que ahora veis, teniendo ella sola más fama en el mundo que todas las demás juntas. Sólo ella no da motivo de queja á los enemigos, aunque reciba de ellos daño; ni permite que se quejen los súbditos como si no fuese merecedora de mandarlos. Y no se diga que nuestro poder no se conoce por señales é indicios, porque, hay tantos, que los que ahora viven, y los que vendrán después, nos tendrán en grande admiración.

No necesitamos al poeta Homero ni á otro alguno, para encarecer nuestros hechos con elogios poéticos, pues la verdad pura de las cosas disipa la duda y falsa opinión, y sabido es que, por nuestro esfuerzo y osadía, hemos hecho que toda la mar se pueda navegar y recorrer toda la tierra, dejando en todas partes memoria de los bienes ó de los males que hicimos.

Por tal ciudad, los difuntos, cuyas exequias hoy celebramos, han muerto peleando esforzadamente; que les parecía dura cosa verse privados de ella, y, por eso mismo, debemos trabajar los que quedamos vivos.

## LA NIOBE DE PRAXITELES

Viva estaba, y los dioses bien crueles
Me trocaron en piedra endurecida;
Pero, piedra insensible, Praxiteles
Me ha tornado la vida.

Procura
RETD 14/8/11

# LA DESTRUCCIÓN DE LOS ATENIENSES EN SIRACUSA

POR TUCÍDIDES

Entonces Demóstenes, Menandro y Eutidemo, que eran capitanes de la armada, navegaron con sus barcos derechamente ú la vuelta del puerto cerrado, que los enemigos tenían ya tomado y ocupado, con intención de romper y desbaratar las naves de los enemigos y salir á alta mar. Mas, por su parte, los siracusanos y sus confederados vinieron con otras tantas naves, parte de ellas hacia la boca del puerto, y parte en torno para embestirles por los dos lados, dejando su infantería á la orilla del mar, para que les pudiesen dar socorro en cualquier lugar que sus barcos abordasen.

Eran capitanes de la armada de los siracusanos, Sicano y Agatarco, los cuales iban en dos alas, á saber : en la punta derecha y en la siniestra, y en medio iban Piten y los corintios.

Cuando los atenienses se acercaron á la boca del puerto, al primer ímpetu lanzáronse contra las naves de los contrarios, que estaban todas juntas para estorbarles la salida, y trabajaron con todas sus fuerzas por romper las cadenas y maromas con que estaban amarradas. Mas los siracusanos y sus aliados vinieron de todas partes á dar sobre ellos, no tan solamente por la boca del puerto, sino también por dentro de él, y así fué el combate muy cruel y peligroso, más que todos los otros precedentes. De una parte y de otra se oían las voces y gritos de los capitanes y maestros que mandaban á los marineros remar á toda furia, y cada cual por su parte se esforzaba en mostrar su arte é industria.

También la gente de guerra que estaba en los castillos de proa y cubiertas de las naves, procuraba cumplir su deber como los marineros, y guardar y defender el puesto que les fuera señalado. Mas porque el combate era en lugar angosto y estrecho y por ambas partes había poco menos de 200 barcos que combatían dentro del puerto ó á la boca de él, no podían venir con gran ímpetu á embestir unos contra los otros, ni había medio de retirar-

se ó revolver, sino que se herían unos á otros donde se encontraban, ora fuese acometiendo, ora huyendo.

Mientras una nave iba contra otra, los que llevaba dentro de los castillos y cubiertas tiraban á los otros gran multitud de dardos, y flechas y piedras, mas cuando aferraban y combatían mano á mano, procuraban los unos entrar en los barcos de los otros, y por ser lugar estrecho acaecía que algunos acometían por un lado, y eran acometidos por otro lado á las veces dos naves contra una, y en algunas partes muchas en torno de una.

Resultado de esta confusión era que los patrones y maestros se turbaban, no sabiendo si convenía defenderse antes que acometer, y si era menester hacer esto por el lado derecho ó por el siniestro, y algunas veces hacían una cosa por otra, por lo cual la grita y vocerío era tan grande, que ponía gran espanto y temor á los combatientes, y no se podían bien entender los unos á los otros, aunque los maestros y cómitres de la una parte y de la otra, amonestaban á los suyos, cada cual haciendo su oficio y deber, según que el tiempo lo requería por la codicia que cada cual tenía que vencer.

Los atenienses daban voces á los suyos que rompiesen las cadenas y maromas de los navíos contrarios que les prohibían la salida del puerto, y que si en algún tiempo habían tenido ánimo y corazón lo mostrasen al presente, si querían tener cuidado de sus vidas y tornar salvos á su tierra.

Los siracusanos y sus aliados advertían á los suyos que ésta era la hora en que podrían mostrar su virtud y esfuerzo para impedir que los enemigos se salvasen, y conservar y aumentar su honra y la gloria de su patria y nación.

También los generales de ambas partes cuando veían algún barco ir flojamente contra otro, ó que los que iban dentro no hacían su deber, llamaban á los capitanes por sus nombres, y les denostaban, á saber, los atenienses á los suyos, diciendo que si por ventura les parecía que la tierra de Sicilia, que era la más enemiga que tenían en el mundo, les fuese más segura que la mar que podían ganar en poco rato. Los siracusanos, por el contrario, decían á los suyos, que si temían á aquéllos que no combatían sino por defenderse, y estaban resueltos á huir de cualquier manera que fuese.

Mientras duraba la batalla naval, los que estaban en tierra, orilla de la mar, sufrían muy gran angustia y cuidado : los siracu-

sanos, viendo que pretendían de aquella vez ganar mucha mayor honra que habían alcanzado antes, y los atenienses, temerosos de que les sucediera algo peor que á los que estaban sobre la mar, porque todo su bagaje lo tenían dentro de las naves y estaban expuestos á perderlo.

Mientras la batalla fué dudosa y la victoria incierta, defendían diversas opiniones, porque estaban tan cerca que podían ver claramente lo que se hacía, y cuando veían que los suyos en alguna manera llevaban lo mejor, alzaban las manos al cielo y rogaban en alta voz á los dioses que quisieran otorgarles la victoria.

Por el contrario, los que veían á los suyos de vencida lloraban y daban gritos y alaridos.

Cuando el combate era dudoso, de manera que no se podía juzgar quién llevaba la peor parte, hacían gestos con las manos y señales con los cuerpos, según el deseo que tenían, como si aquello pudiera ayudar á los suyos, por el temor que tenían de perder la batalla. Y en efecto, daban tales muestras de sus corazones como si ellos mismos combatieran en persona, y tenían tan gran cuidado ó más que los que peleaban, porque muchas veces se veía en aquel combate que por pequeña ocasión los unos se salvaban y otros eran vencidos y desbaratados.

El ejército de los atenienses que estaba en tierra mientras que los suyos combatían en mar, no tan solamente veía el combate, sino que por estar muy cerca oía claramente las voces y clamores, así de los vencedores como de los que eran vencidos, y todas las otras cosas semejantes que se pueden ver y oir en una cruda y áspera batalla de dos poderosos ejércitos. El mismo cuidado y trabajo tenían los que estaban en las naves.

Finalmente, después que el combate duró largo rato, los siracusanos y sus aliados pusieron á los atenienses en huída, y cuando les vieron volver las espaldas, con grandes voces y alaridos les dieron caza y persiguieron hasta tierra. Entonces aquéllos de los atenienses que se pudieron lanzar en tierra con más premura se salvaron, y retiraron á su campo. Los que estaban en tierra, viendo perdida su esperanza, con grandes gritos y llantos corrían todos á una, los unos hacia las naves para salvarse, y los otros hacia los muros. La mayor parte estaban en duda de su vida, y miraban á todas partes cómo se podrían salvar : tanto era el pavor y turbación que sufrieron esta vez, que jamás le tuvieron igual.

Ocurrió, pues, á los atenienses en este combate naval, lo mismo que ellos hicieron á los lacedemonios en Pilos, cuando después de vencer á la armada de éstos, los derrotaron, y así como los lacedemonios entonces entraron en la isla, así los atenienses esta vez se retiraron á tierra, sin tener esperanza ninguna de salvarse, si no era por algún caso no pensado.

DESPUÉS DE LA DERROTA, PARTEN LOS ATENIENSES DE SU CAMPAMENTO PARA IR POR TIERRA Á LAS VILLAS Y LUGARES DE SICILIA QUE SEGUÍAN SU PARTIDO.

Pasada esta batalla naval tan áspera y cruel, en la cual hubo gran número de barcos tomados y destrozados, y muchos muertos de ambas partes, los siracusanos y sus aliados, habida la victoria, recogieron sus despojos y los muertos, volvieron á la ciudad y levantaron trofeo en señal de triunfo.

Los atenienses estaban tan turbados de los males que habían visto y veían delante de sus ojos, que no se acordaban de pedir sus muertos ni de recoger sus despojos, sino que solamente pensaban en cómo se podrían salvar y partir aquella misma noche. Había entre ellos diversas opiniones, porque Demóstenes era de parecer que se embarcasen en los buques que les habían quedado y partiesen al rayar el alba, saliendo por el mismo puerto si pudiesen salvarse, y también porque tenían mayor número de barcos que los enemigos, pues se acercaban á sesenta, y los contrarios no contaban cincuenta.

Nicias estaba de acuerdo con Demóstenes; mas cuando determinaron realizar el proyecto, los marineros no quisieron entrar en las naves por el pavor que tenían del combate pasado en que fueron vencidos, pareciéndoles que de ninguna manera podían ser vencedores en adelante, por lo que les fué necesario mudar de propósito, y todos acordaron salvarse por tierra.

El siracusano Hermócrates, teniendo sospecha, y pensando que sería muy gran daño para los suyos que un ejército tan numeroso fuese por tierra y se rehiciese en algún lugar de Sicilia, desde donde después renovase la guerra, fué derecho á los gobernadores de la ciudad y les dijo que parasen mientes aquella noche en la partida de los atenienses, representándoles por muchas razones los daños y peligros que les podían ocurrir en adelante si les dejaban irse.

Opinaba Hermócrates que toda la gente que había en la ciudad para tomar las armas, así de los de la tierra como de los aliados, fuese á tomar los pasos por donde los atenienses se podían salvar.

Todos aprobaban este consejo de Hermócrates, pareciéndoles que decía verdad, mas consideraban que la gente estaba muy cansada del combate del día anterior, y quería descansar, por lo cual con gran trabajo obedecerían lo que les fuese mandado por sus capitanes.

Además, al día siguiente se celebraba una fiesta á Hércules, en la cual tenían dispuestos grandes sacrificios para darle gracias por la victoria pasada, y muchos querían festejar y regocijar aquel día comiendo y bebiendo, por lo que nada sería más difícil que persuadirles se pusiesen en armas. Por esta razón no estuvieron de acuerdo con el parecer de Hermócrates.

Viendo Hermócrates que en manera alguna lograba convencerles, y considerando que los enemigos podían aquella noche, reparándose, tomar los pasos de los montes que eran muy fuertes, ideó esta astucia. Envió algunos de á caballo con orden de que marchasen hasta llegar cerca de los alojamientos de los atenienses, de suerte que les pudiesen oir, y fingiendo ser algunos de la ciudad que seguían el partido de los atenienses, porque había muchos de éstos que avisaban á Nicias de la situación de las cosas de los siracusanos, llamaran á algunos de los de Nicias y les dijeran que aconsejaran á éste no moviese aquella noche el campamento si quería hacer bien las cosas, porque los siracusanos tenían tomados los pasos, de manera que correría peligro si saliese de noche, porque no podía llevar su gente en orden ; pero que al amanecer le sería fácil ir en orden de batalla con su gente para apoderarse de los pasos más á su salvo.

Estas palabras las comunicaron los que las habían oído á los capitanes y jefes del ejército, quienes pensando que no había engaño ninguno determinaron pasar allí aquella noche y también el día siguiente.

Ordenaron pues al ejército que todos se apercibiesen para partir de allí dentro de dos días, sin llevar consigo cosa alguna, sino sólo aquello que les fuese necesario para el uso de sus personas.

Entretanto Gilippo y los siracusanos enviaron á tomar los sitios por donde creían que los atenienses habían de pasar, y prin-

cipalmente los de los ríos, y pusieron en ellos su gente de guarda.

Por otra parte los de la ciudad salieron al puerto, tomaron las naves de los atenienses y quemaron algunas, lo cual los mismos atenienses habían determinado hacer, y las que les parecieron de provecho se las llevaron reuniéndolas á las suyas, sin hallar persona que se lo pudiese impedir.

Pasado esto, Nicias y Demóstenes dispusieron las cosas necesarias como mejor les pareció, y partieron el cuarto día después de la batalla, que fué una partida muy triste para todos, no solamente porque habían perdido sus barcos y con ellos una tan grande esperanza como tenían al principio de sujetar toda aquella tierra, encontrándose en tanto peligro para ellos y para su ciudad, sino también porque les era doloroso á cada uno ver y sentir que dejaban su campo y bagaje, lastimando sus corazones el pensar en los muertos que quedaban tendidos en el campo y sin sepultura. Cuando encontraban algún deudo ó amigo experimentaban gran dolor y miedo, y mayor compasión tenían de los heridos y enfermos que dejaban, por considerarlos más desventurados que á los muertos ; y los enfermos y heridos tristes y miserables, viendo partir á los otros lloraban y plañían, y llamando á los suyos por sus nombres les rogaban que los llevasen consigo.

Cuando veían á algunos de sus parientes y amigos seguían en pos de ellos, deteniéndoles cuando podían, y cuando les faltaban las fuerzas para seguir más trecho se ponían á llorar, blasfemaban de ellos y les maldecían porque los dejaban. Todo el campo estaba lleno de lágrimas y llanto y por ello la partida se retardaba más, aunque considerando los males que habían sufrido, y los que temían pudieran ocurrirles en adelante, estaban en gran apuro y cuidado, mucho más que mostraban en los semblantes.

Ademas de estar todos tristes y turbados se culpaban y reprendían unos á otros, no de otra manera que gente que huyese de una ciudad muy grande tomada por fuerza de armas. Porque es cierto que la multitud de los que partían llegaba á cerca de cuarenta mil, y cada uno de éstos llevaba consigo las cosas necesarias que podía para su provisión.

La gente de guerra, así de á pie como de á caballo, llevaba cada uno sus vituallas debajo de sus armas, cosa en ellos desacostumbrada, los unos por no fiarse, y los otros por falta de mozos y criados : porque muchos de éstos se habían pasado á los enemigos, algunos antes de la batalla, y la mayor parte después.

Los mantenimientos que tenían no eran bastantes ni suficientes para la necesidad presente, porque se habían gastado casi todos en el campamento.

Aunque en otro tiempo y lugar, semejantes derrotas son tolerables en cierta manera por ser iguales así á los unos como á los otros, cuando no van acompañadas de otras desventuras, empero á éstos les era tanto más grave y dura cuanto más consideraban la gloria y honra que habían tenido antes, y la miseria y desventura en que habían caído.

Esta novedad tan grande ocurrió entonces al ejército de los griegos, forzado á partir por temor de ser vencido y sujetado por aquéllos á quien habían ido á sojuzgar.

Partieron los atenienses de sus tierras con cantos y plegarias y ahora partían con voces muy contrarias, convertidos en soldados de á pie los que antes eran marineros, entendiendo al presente de las cosas necesarias para la guerra por tierra en vez de las de mar. Por el gran peligro en que se veían soportaban todas estas cosas.

Entonces Nicias, viendo á los del ejército desmayados, como quien bien lo entendía, les alentaba y consolaba con estas razones:

—«Varones atenienses, y vosotros nuestros aliados y compañeros de guerra: conviene tener buen ánimo y esperanza en el estado que nos vemos, considerando que otros muchos se han salvado y escapado de mayores males y peligros.

»No hay por qué quejarse demasiado de vosotros mismos ni por la adversidad y desventura pasadas, ni por la vergüenza y afrenta que, sin merecerlo, habéis padecido, pues si miráis á mí, no me veréis mejor librado que cualquiera de vosotros, ni en las fuerzas del cuerpo, por estar como me veis flaco y enfermo de mi dolencia, ni en bienes y recursos, pues hasta aquí estaba muy bien provisto de todas las cosas necesarias para la vida, y al presente me veo tan falto de medios como el más insignificante de todo el ejército.

»Y verdaderamente yo he hecho todos los sacrificios legítimos y debidos á los dioses y usado de toda justicia y bondad con los hombres, que sólo esto me da esfuerzo y osadía para tener buena esperanza en las cosas venideras.

»Pero os veo muy turbados y miedosos, más de lo que conviene á la dignidad de vuestras honras y personas, por las desven-

»turas y males presentes, los cuales acaso se podrán aliviar y dis-
»minuir en adelante, porque nuestros enemigos han gozado de
»muchas venturas y prosperidades, y si por odio ó ira de algún
»dios vinimos aquí á hacer la guerra, ya hemos sufrido pena bas-
»tante para aplacarle.

»Hemos visto antes de ahora algunas gentes que iban á hacer
»guerra á los otros en su tierra, y cumpliendo enteramente su de-
»ber, según la manera y costumbre de los hombres, no por eso
»han dejado de sufrir y padecer males intolerables. Por esto es
»de creer que de aquí en adelante los mismos dioses nos serán
»más benignos y favorables, pues á la verdad, somos más dignos
»y merecedores de alcanzar de ellos misericordia y piedad que no
»odio y venganza.

»Así, pues, en adelante, parad mientes en vuestras fuerzas,
»en cómo vais armados, cuán gran número sois y cuán bien pues-
»tos en orden, y no tengáis miedo ni temor, pues dondequiera
»que llegarais sois bastantes para llenar una ciudad tal y tan bue-
»na, que ninguna otra de Sicilia dejará de recibiros fácilmente
»por fuerza ó de grado, y una vez recibidos, no os podrán lanzar
»fácilmente.

»Guardad y procurad hacer vuestro camino seguro con el
»mejor orden que pudiereis y á toda diligencia, sin pensar en otra
»cosa sino en que en cualquier parte ó lugar donde fuereis obli-
»gados á pelear, si alcanzarais la victoria, allí será vuestra patria
»y ciudad y vuestros muros.

»Nos será forzoso caminar de noche y de día sin parar, por la
»falta que tenemos de provisiones ; y cuando lleguemos á algún
»lugar de Sicilia de los que tenían nuestro partido, estaremos se-
»guros, porque éstos, por temor á los siracusanos, necesariamen-
»te habrán de permanecer en nuestra amistad y alianza, cuanto
»más que ya les hemos enviado mensaje para que nos salgan de-
»lante con vituallas y provisiones.

»Finalmente, tened entendido, amigos y compañeros, que os
»es necesario mostraros buenos y esforzados, porque de otra ma-
»nera no hallaréis lugar ninguno en toda esta tierra donde os po-
»dáis salvar siendo viles y cobardes. Y si esta vez os podéis esca-
»par de los enemigos, los que de vosotros no sois atenienses, vol-
»veréis muy pronto á ver las cosas que vosotros tanto deseabais,
»y los que sois atenienses de nación, levantaréis la honra y dig-
»nidad de vuestra ciudad por muy caída que esté, porque los hom-

»bres son la ciudad y no los muros, ni menos las naves sin hom-»bres.»

Cuando Nicias animó con estas razones á los suyos, iba por el ejército de una parte á otra, y si acaso veía á alguno fuera de las filas, le metía en ellas. Lo mismo hacía Demóstenes, el otro capitán, con los suyos, y marchaban todos en orden en un escuadrón cuadrado, á saber: Nicias, con los suyos, delante, de vanguardia, y Demóstenes, con los suyos, en la retaguardia, y en medio el bagaje y la otra gente que en gran número no era de pelea.

### LOS SIRACUSANOS Y SUS ALIADOS PERSIGUEN Á LOS ATENIENSES EN SU RETIRADA, Y LOS VENCEN Y DERROTAN COMPLETAMENTE

De esta manera caminaron en orden los atenienses y sus aliados hasta la orilla del río de Anapo, donde hallaron á los siracusanos y sus aliados que les estaban esperando puestos en orden de batalla; mas los atenienses los batieron y dispersaron y pasaron mal de su grado adelante, aunque la gente de á caballo de los siracusanos y los otros flecheros y tiradores que venían armados á la ligera, los seguían á la vista y les hacían mucho daño, hasta tanto que llegaron aquel día á un cerro muy alto, á cuarenta estadios de Siracusa, donde plantaron su campo aquella noche.

Al día siguiente de mañana, partieron al despuntar el alba, y habiendo caminado cerca de veinte estadios, descendieron á un llano, allí reposaron aquel día, así por adquirir algunas vituallas en los caseríos que había, porque era lugar poblado, como también por tomar agua fresca para llevar consigo, pues en todo el camino andado no la encontraron.

En este tiempo los siracusanos se apresuraron á ocupar otro sitio por donde forzosamente habían de pasar los atenienses, que era un cerro muy alto y arriscado, á cuya cumbre no se podía subir por dos lados, y se llamaba *Lepas*.

Al día siguiente, estando los atenienses y sus aliados en camino fueron de nuevo acometidos por los caballos y tiradores de los enemigos, de que había gran número que les venían acosando é hiriendo por los lados, de tal manera, que apenas les dejaban caminar, y después que pelearon gran rato, viéronse forzados á retirarse al mismo lugar de donde habían partido, aunque con menos ventaja que antes, á causa de que no hallaban vitua-

llas, ni tampoco podían desalojar su campo tan fácilmente como el día anterior por la prisa que les daban los enemigos.

Con todo esto, al siguiente día, bien de mañana, se pusieron otra vez en camino, y aunque los enemigos pugnaron por estorbarlo, pasaron adelante hasta aquel cerro donde hallaron una banda de soldados armados de lanza y escudo, y aunque el lugar era bien estrecho, los atenienses rompieron por medio de ellos y procuraron ganarle por fuerza de armas. Mas al fin los rechazaron los enemigos, que eran muchos y estaban en lugar ventajoso, cual era la cumbre del cerro, de donde podían más fácilmente tirar flechas y otras armas á los enemigos. Viéronse los atenienses obligados á detenerse allí sin hacer ningún efecto, y también por estar descargando una tempestad con grandes truenos y lluvia, como suele acontecer en aquella tierra en tiempo del otoño que ya por entonces comenzaba, tempestad que turbó y amedrentó en gran manera á los atenienses, porque tomaban estas señales por mal agüero y como anuncio de su pérdida y destrucción venidera.

Viendo entonces Gilippo que los enemigos habían parado allí, envió una banda de soldados por un camino lateral para que se hiciese fuerte en el camino por donde los atenienses habían venido, á fin de cercarles por la espalda, mas los atenienses que lo advirtieron enviaron una banda de los suyos que lo impidiera y los lanzaron de allí. Hecho esto, se retiraron de nuevo á un campo que estaba cerca del paso donde se habían alojado aquella noche.

Al día siguiente, puestos los atenienses otra vez en camino, Gilippo y los siracusanos dieron sobre ellos por todas partes, y herían y maltrataban á muchos. Cuando los atenienses se revolvían sobre ellos retirábanse los siracusanos, pero al ver éstos que los enemigos seguían el camino atacaban la retaguardia, hiriendo á muchos para poner espanto y temor á todo el resto del ejército, mas resistiendo por su parte cada cual de los atenienses, caminaron cinco ó seis estadios hasta tanto que llegaron á un raso donde asentaron, y los siracusanos se volvieron á su campo.

Entonces Nicias y Demóstenes, viendo que su empresa iba mal, tanto por falta que en general tenían de vituallas, como por los muchos que había de su gente heridos, y que siempre tenían los enemigos delante y á la espalda sin cesar de molestarlos por todas partes, determinaron partir aquella noche secretamente,

no por el camino que habían comenzado á andar, sino por otro muy contrario que se dirigía hacia la mar é iba á salir á Catania, á Camarina, á Gela y á otras villas que estaban frente á la otra parte de Sicilia habitadas por griegos y bárbaros.

Con este propósito mandaron hacer grandes fuegos y luminarias en diversos lugares por todo el campo, para dar á entender á los enemigos que no querían moverse de allí. Mas, según suele acaecer en semejantes casos, cuando un gran ejército desaloja por miedo, mayormente de noche, en tierra de enemigos, y teniéndolos cerca y á la vista, cundió el pavor y la turbación por todo el campamento. Nicias, que mandaba la vanguardia, partió el primero con su gente en buen orden y caminó gran trecho delante de los otros, mas una banda de la gente que llevaba Demóstenes, casi la mitad de ellos, rompieron el orden que llevaban caminando. Con todo esto anduvieron tanto trecho, que al amanecer se hallaban á la orilla de la mar, y tomaron el camino de Elorin á lo largo de aquella playa, por el cual camino querían ir hasta la ribera del río Zifaris, y de allí dirigirse por tierras altas alejándose de la mar con esperanza de que los sicilianos, á quienes habían avisado que les saliesen delante les vendrían á encontrar ; mas, al llegar á la orilla del río, hallaron que había allí alguna gente de guerra que los siracusanos enviaron para guardar aquel punto, la cual trabajaba por cerrarles el paso y atajarlo con empalizadas y otros obstáculos, pero por ser pocos fueron pronto rechazados por los atenienses que pasaron el río y llegaron hasta otro río llamado Erineo, continuando el camino que los guías les habían mostrado.

Los siracusanos y sus aliados, cuando amaneció y vieron que los atenienses habían partido la noche antes, quedaron muy tristes y tuvieron sospecha de que Gilippo había sabido su partida, por lo cual inmediatamente se pusieron en camino para ir tras los enemigos á toda prisa siguiéndoles por el rastro que era fácil conocer ; y tanto caminaron, que los alcanzaron á la hora de comer.

Los primeros que encontraron fueron los de la banda de Demóstenes, que por estar cansados y trabajados del camino andado la noche anterior, iban más despacio y sin orden.

Comenzaron primero los siracusanos que llegaron á escaramuzar con ellos, y con la gente de á caballo los cercaron por todas partes de modo que les obligaron á juntarse todos en tropel, con

tanta mayor facilidad cuanto que el ejército se había dividido ya en dos partes, y Nicias con su banda de gente estaba más de ciento cincuenta estadios delante, porque viendo y conociendo que no era oportuno esperar allí para pelear, hacía apresurar el paso lo más que podía sin pararse en parte alguna, sino cuando le era forzoso para defenderse. Mas Demóstenes no podía hacer esto, porque había partido del campamento después que su compañero, y porque iba en la retaguardia, siendo necesariamente el primero que los enemigos habían de acometer.

Por esta causa necesitaba atender tanto á tener su gente dispuesta para combatir, viendo que los siracusanos les seguían como para hacerles caminar; de suerte que deteniéndose en el camino fué alcanzado por los enemigos, y los suyos muy maltratados, viéndose obligado á pelear en un sitio cercado de parapetos, y sobre un camino que estaba metido entre unos olivares, por lo cual fueron muy maltrechos con los dardos que les tiraban los enemigos, quienes no querían venir á las manos con ellos á pesar de todo su poder, porque los veían desesperados de poderse salvar, pareciéndoles buen consejo no poner su empresa en riesgo y ventura de batalla cosa que los enemigos habían de desear.

Por otra parte, conociendo que tenían la victoria casi en la mano, temían cometer algún yerro, pareciéndoles que sin combatir en batalla reñida gastando y deshaciendo los enemigos por tales medios, se apoderarían después de ellos á su voluntad.

Así, pues, habiendo escaramuzado de esta suerte todo el día á tiros de mano, y conociendo su ventaja, enviaron un trompeta de parte de Gilippo y de los siracusanos y sus aliados á los contrarios para hacerles saber primeramente que si había entre ellos algunos de las ciudades y villas isleñas que se quisiesen pasar á ellos serían salvos, y con esto se pasaron algunas escuadras, aunque muy pocas. Después ofrecieron el mismo partido á todos los que estaban con Demóstenes, á saber: que á los que dejasen las armas y se rindiesen les salvarían la vida y no serían puestos en prisión cerrada ni carecerían de vituallas.

Este partido lo aceptaron todos, que pasarían de seis mil, y tras esto cada cual manifestó el dinero que llevaba, el cual echaron dentro de cuatro escudos atravesados que fueron todos llenos de moneda y llevados á Siracusa.

Entretanto, Nicias había caminado todo aquel día hasta que llegó al río Erineo, y pasado el río de la otra parte alojó su cam-

po en un cerro cerca de la ribera donde al día siguiente le alcanzaron los siracusanos, que le dieron noticia de como Demóstenes y los suyos se habían rendido, y por tanto le amonestaban que hiciese lo mismo ; pero Nicias no quiso dar crédito á sus palabras y les rogó le dejasen enviar un mensajero á caballo para informarse de la verdad, lo cual le otorgaron.

Cuando supo la verdad por relación de su mensajero, envió á decir á Gilippo y á los siracusanos, que, si querían, convendría y concertaría gustoso con ellos en nombre de los atenienses, que le dejasen ir con su gente salvo, y les pagaría todo el gasto que habían hecho en aquella guerra dándoles en rehenes cierto número de atenienses, los más principales, para que fuesen rescatados una vez pagados los gastos á talento por cabeza.

Gilippo y los siracusanos no quisieron aceptar este partido, y les acometieron por todas partes tirándoles muchos dardos, mientras duró aquel día. Y aunque los atenienses por este ataque quedaron maltrechos y tenían gran necesidad de vituallas, todavía determinaron su partida para aquella noche ; ya habían tomado sus armas para marchar cuando entendieron que los enemigos los habían sentido, lo cual conocieron por la señal que daban para acudir á la batalla, cantando su Pean y cántico acostumbrado, y por esta causa volvieron á quitarse sus armas, excepto trescientos que pasaron por fuerza atravesando por la guardia de los enemigos con esperanza de poderse salvar de noche.

Llegado el día, Nicias se puso en camino con su gente, mas cuando comenzó á marchar, los siracusanos les acometieron con tiros de flechas y piedras por todas partes, según habían hecho el día antes. Aunque se veían acosados por los enemigos flecheros y los de á caballo, caminaban siempre adelante con esperanza de poder ganar tierra y llegar al río Asinaro, porque les parecía que pasado aquel río podrían caminar con más seguridad, y también lo hacían por poder beber agua, pues estaban todos sedientos. Al llegar á vista del río, fueron todos á una hacia él temerariamente, sin guardar orden alguno, cada cual por llegar el primero. Los enemigos, que los seguían por la espalda, trabajaron por estorbarles el paso, de manera que quedaron en muy gran desorden, porque pasando todos á una, y en gran tropel, los unos estorbaban á los otros, así con sus personas como con las armas y lanzas, de suerte que unos se anegaban súbitamente, y otros se entremetían y mezclaban juntos, arrastrando á muchos la co-

rriente del agua, y los siracusanos, que estaban puestos en dos collados bien altos de una parte y de la otra del río, los perseguían por todos lados con tiros de flechas é hiriéndoles á mano, de tal manera, que mataron muchos, mayormente de los atenienses que se paraban en lo más hondo del agua para poder beber más á su placer, á causa de lo cual el agua se enturbió mucho con la sangre de los heridos y el tropel de aquéllos que la removían pasando. Ni por eso dejaban de beber, por la gran sed que tenían, antes disputaban entre sí por hacerlo allí donde veían el agua más clara. Estando el río lleno de los muertos, que caían unos sobre otros, y todo el ejército desbaratado, unos junto á la orilla y otros lanzados por los caballos siracusanos, Nicias se rindió á Gilippo, confiándose más de él que no de los siracusanos y entregándose á discreción suya y de los otros capitanes peloponenses para que hiciesen de él lo que quisieran, pero rogándoles que no dejasen matar á los que quedaban de la gente de guerra de los suyos.

Gilippo lo otorgó, mandando expresamente que no matasen más hombre alguno de los atenienses, sino que los cogieran á todos prisioneros, y así, cuantos no se pudieron esconder, de los cuales había gran número, quedaron prisioneros. Los trescientos que arriba dijimos se habían escapado la noche antes, fueron también presos por la gente de á caballo, que los siguió al alcance. Pocos de los de Nicias quedaron prisioneros del Estado, porque la mayoría de ellos huyeron por diversas vías desparramándose por toda Sicilia, á causa de no haberse rendido por conciertos, como los de Demóstenes. Muchos de ellos murieron.

La matanza fué en esta batalla más grande que en ninguna de las habidas antes en toda Sicilia mientras duró aquella guerra, porque además de los que murieron peleando hubo gran número de muertos de los que iban huyendo por los caminos ó de los heridos que después morían á consecuencia de las heridas. Salváronse, sin embargo, muchos, unos aquel mismo día, y otros á la noche siguiente, los cuales todos se acogieron á Catania.

Los siracusanos y sus aliados, habiendo cogido prisioneros los más que pudieron de los enemigos, se retiraron á Siracusa, y al llegar allí enviaron los prisioneros á un castillo llamado Litotomia, que era la más fuerte y más segura prisión de todas cuantas tenía. Después de esto mandaron matar á Demóstenes y á Nicias contra la voluntad de Gilippo, el cual tuviera á gran honra, ade-

más de la victoria, poder llevar á su vuelta por prisioneros á Lacedemonia los capitanes de los enemigos, de los cuales uno, Demóstenes había sido su mortal y cruel enemigo en la derrota de Pilos, y el otro, Nicias, le fué amigo y favorable en la misma jornada; pues como los lacedemonios prisioneros en Pilos fueron llevados á Atenas, Nicias procuró cuanto pudo que caminasen sueltos, y usó con ellos de toda virtud y humanidad. Además, trabajó por que se hiciesen los conciertos y tratados de paz entre los atenienses y lacedemonios, por lo que los lacedemonios le tenían grande amor, y ésta fué la causa de que él se rindiera á Gilippo.

Pero algunos de los siracusanos que tenían inteligencias con él durante el cerco, temiendo que á fuerza de tormentos le obligaran á decir la verdad, como se anunciaba, y que, por este medio, en la prosperidad de la victoria, les sobreviniese alguna nueva revuelta, y asimismo los corintios, sospechando que Nicias, por ser muy rico, corrompiese á los guardias y se escapase, y después renovase la guerra, persuadieron de tal manera á todos los aliados y confederados, que se acordó hacerle morir.

Por estas causas y otras semejantes fué muerto Nicias, el hombre entre todos los griegos de nuestra edad que menos lo merecía, porque todo el mal que le sobrevino fué por su virtud y esfuerzo, á lo cual aplicaba todo su entendimiento.

Cuanto á los prisioneros, fueron muy maltratados al principio, porque siendo muchos en número, y estando en sótanos y lugares bajos y estrechos enfermaban á menudo á causa del mucho calor en el verano, y en el invierno debido al frío y á las noches serenas; de manera que con la mudanza del tiempo caían en muy grandes enfermedades. Además, por estar todos juntos en lugar estrecho, eran forzados á hacer allí sus necesidades, y á los que morían así de heridas como de enfermedades los enterraban allí, produciéndose un hedor intolerable. Sufrían también gran falta de comida y bebida, porque sólo tenían dos pequeños panes por día, y una pequeña medida de agua cada uno. Finalmente, por espacio de setenta días padecieron en esta guerra todos los males y desventuras que es posible sufrir en tal caso.

Después fueron vendidos por esclavos, excepto algunos atenienses, italianos y sicilianos que se hallaron en su compañía.

Aunque sea cosa difícil explicar el número de todos los que quedaron prisioneros, debe tenerse por cierto y verdadero que fueron más de siete mil, siendo la mayor pérdida que los griegos

sufrieron en toda aquella guerra, y según yo puedo saber y entender, así por historias como de oídas, la mayor que experimentaron en los tiempos anteriores, resultando tanto más gloriosa y honrosa para los vencedores, cuanto triste y miserable para los vencidos, que quedaron deshechos y desbaratados del todo, sin infantería, sin barcos, y de tan gran número de gente de guerra, volvieron muy pocos salvos á sus casas. Este fin tuvo la guerra de Sicilia.

## CANTO FÚNEBRE DE ADONIS

### POR BION

BIÓN.—Vivió hacia el año 290 antes de Jesucristo. Poeta bucólico griego, natural de Esmirna, maestro y amigo de Mosco. Entre sus obras, de un gusto exquisito, se mencionan «El Canto Fúnebre por la muerte de Adonis», «El Pastor enseñando al Amor», «Las Musas amigas del Amor», etc. Se encuentran generalmente reunidas á las de Teócrito y Mosco.

A Adonis lloro: ha muerto el bello Adonis.
El Adonis sin par: en mi quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

¡Oh, Venus desdichada!
No duermas ya entre púrpuras y sedas;
Levántate enlutada,
El tierno pecho hiere,
Y di á todos, en lágrimas bañada:
«Mi Adonis bello entre dolores muere.»

*A Adonis lloro: en mi fatal quebranto*
*De los Amores me acompaña el llanto.*

Yace el hermoso Adonis en los montes,
Con su cuerpo nevado
Por homicida diente atravesado,
Y su débil aliento
De dolor llena á la ciprina diosa;
De la honda herida sangre le destila,
Se obscurece su fúlgida pupila,
Y de su labio opácase la rosa.

*A Adonis lloro: en mi fatal quebranto*
*De los Amores me acompaña el llanto.*

Atroz, atroz herida
Su bello cuerpo afea,
Pero es mayor la que cruel desgarra
El tierno corazón de Citerea.
En torno de él los galgos favoritos
Doloridos aúllan;
En torno de él, con lastimeros gritos
Las Oréades ninfas se lamentan.
Desesperada corre por los bosques
La diosa de Citera,
El rostro sin color, el pie desnudo
Y en desorden la rubia cabellera.
Su planta sin sandalia el cardo agudo
Punza cruel, y la divina sangre
Tiñe la verde grama.
Por los valles frenética discurre,
Y á Adonis bello á cada instante llama,
Y con aguda voz su pena anuncia.
Y del esposo asirio
En su feroz delirio
El nombre en vano sin cesar pronuncia.
El moribundo joven, de la herida
Ríos de sangre arroja;
Y el albo vientre y cándido costado,
Y aquel pecho nevado
Cubre el vital humor, cual veste roja.

*¡Triste de Citerea! En su quebranto*
*De los Amores la acompaña el llanto.*

¡Ay! Ya murió: murió su amado esposo,
Y huyó con él, del rostro peregrino
La celestial belleza.
Mientras vivió su Adonis rubicundo,
De aquel cuerpo divino
Nada igualó la gracia y gentileza;
Mas apenas el hado
Con cruel muerte lo sacó del mundo,
De Venus la hermosura
Se ofuscó para siempre, ¡oh, desventura!
Los montes elevados,
Las añosas encinas,
«¡Ay de Adonis!» tristísimas exclaman;
Lágrimas mil derraman
Por Adonis las fuentes cristalinas:
Los caudalosos ríos

De Ciprina deploran los pesares.
Y de pena las flores
En vivo rojo truecan sus colores.
La triste diosa en tanto
Vaga por las colinas,
O la campiña fértil abandona,
Y flébiles cantares
Al discurrir por la ciudad entona.

*¡Triste de Venus, triste!*
*El rubicundo Adonis ya no existe.*
«*¡Adonis ya no existe!*» Eco responde

Desde el antro profundo en que se esconde.
¡Ay! ¿Quién de la afligida Citerea
No llorará los trágicos amores?
¿Quién habrá que contemple sus dolores
Y á tantas penas insensible sea?
Apenas vió la mísera Ciprina
La herida profundísima de Adonis;
No bien miró la sangre purpurina
Libre correr de su costado abierto,
Cuando, los bellos brazos extendidos,
Con lúgubres gemidos,
Exclama: «Prenda mía,
»Detente, Adonis; desdichado, espera;
»Deja que contemplarte
»Al menos pueda por la vez postrera.
»Despiértate, ¡oh! despiértate un momento,
»Deja que llegue tu infeliz esposa
»A recoger tu postrimer aliento...

»Mas, ¡ay! que sin curarte de mis quejas
»¡Desdichado! te alejas,
»Huyes, Adonis: huyes de Aqueronte
»A la obscura región; á los dominios
»Del lúgubre monarca del infierno:
»¡Huyes, Adonis! Yo á dolor eterno
»Y á amargo llanto condenada vivo:
»Yo para siempre á padecer me quedo,
»Y porque el hado condenóme á diosa,
»Seguirte al reino de Plutón no puedo.
»¡Proserpina implacable!
»Recibe tú á mi idolatrado esposo:
»Pues más allá que el mío
»Se extiende tu infinito poderío,
»Ya que cuanto hay hermoso,

»Cuanto feliz ó rico aquí se encuentra
»Al fin, cruel, á tus dominios entra.

»Moriste, ¡dulce dueño!
»Y nuestro amor se disipó cual sueño.
»Sola y viüda á Venus has dejado,
»Y ociosos permanecen los Amores
»De mi triste mansión en el recinto.
»También sobre tu cuerpo, detrozado
»Fué mi precioso cinto.
»¡Ah! ¿Por qué, á los peligros de la caza,
»Temerario mancebo, te expusiste?
»¿Por qué, siendo tan bello,
»A luchar con las fieras te atreviste?»

Clamaba así Ciprina en su agonía,
Y el llanto funeral de los Amores
A sus copiosas lágrimas se unía.

*¡Triste de Venus, triste!*
*El rubicundo Adonis ya no existe.*

Citeres tantas lágrimas derrama
Cuanta es la sangre que su Adonis vierte;
A entrambas, al caer sobre la grama,
Virtud oculta en flores las convierte;
La sangre engendra la purpúrea rosa,
Y de Venus las lágrimas divinas
Hacen brotar la anémona graciosa.

*A Adonis lloro: á Adonis rubicundo*
*Muerte cruel arrebató del mundo.*

Desciende, ¡oh, Venus! de la selva umbría;
Da tregua á tu agonía.
Ya está dispuesto el funerario lecho:
En él yace tendido
Tu exánime marido,
Y aunque muerto, es hermoso todavía.
Bajo del frío pecho
No late ya su corazón ardiente.
¡Sin vida yace el desangrado joven
Y parece que duerme blandamente!
Cúbrelo con las sábanas mullidas
En que dormir soliera
Sobre cojines recamados de oro.
Ven, no temas, ¡oh, diosa de Citera!
No vuelvas á tu esposo las espaldas
Aunque su vista de dolor te llene:

Adórnalo con fúnebres guirnaldas
Y deshojadas flores;
Pero, ¡ay! que todas al morir tu amado,
Perdieron sus colores.
Sobre él esparce mirtos olorosos,
Úngelo con mil bálsamos preciosos.
¿Qué importa que se pierdan
Cuantos perfumes crían las Arabias,
Si pereció tu bálsamo, tu Adonis,
Tu sin igual delicia?
¡Míralo cual reposa
Entre vestes de púrpura fenicia!
Cortados los cabellos,
Lloran en torno los Amores bellos:
Este sus flechas rompe,
Aquél el arco pisa,
Otro destroza la emplumada aljaba;
Quién el áureo calzado
Desata á Adonis, quién el agua trae
En vasos de oro, y quién la herida lava;
Mientras detrás del funerario lecho,
Con sus delgadas alas, afanoso
A Adonis otro le abanica el pecho.
También de Venus los acerbos males
Lamentan los Amores. Himeneo
Ha extinguido su antorcha en los umbrales
Y destrozado la nupcial corona.
Cánticos de placer ya no resuenan:
Tristes ayes y lúgubres gemidos
Los vientos sólo llenan.
«¡*Ay de Himeneo!*» por doquier se escucha;
Pero más llanto arrancan las desgracias
Del bello joven, que en infausta lucha
Triste sucumbe, y en la selva expira.
Las seductoras Gracias
Del hijo de Cinira
Lloran el fin horrendo,
«*Murió el hermoso Adonis*»,
Unas á otras diciendo,
Y en lamentos prorrumpen
Que los tuyos, Dione, aún más agudos.
Las Musas por Adonis
Vierten amargo llanto,
Y su nombre murmuran,
Y llamarlo procuran
Con sus gemidos y amoroso canto:

Mas él no escucha el llamamiento tierno,
Que aunque volver quisiera á su adorada,
La reina del Infierno
Lo detiene en el Orco enamorada.
Es tiempo ya, Citeres,
Que ceses de gemir; enjuga el lloro,
Y de la tumba fría
Aléjate, do yace tu tesoro
Y antes que á tu retrete
Tornes, á presidir ven este día
El que en tu honor se da lauto banquete.
Otra vez á su lecho funerario
Venir podrás, á que de nuevo llores
El desdichado fin de tus amores
Al recurrir el triste aniversario.

## LA EXPEDICIÓN DE CIRO

### POR JENOFONTE

JENOFONTE.—Célebre general é historiador griego; nació en Atenas hacia el año 450 antes de la era cristiana. Fué discípulo y amigo de Sócrates, cuya biografía escribió en su obra titulada *Memorabilia*. Tomó parte como voluntario en la expedición de Ciro el Joven, y al ser asesinados los generales después de la batalla de Cunaxa, se le confirió el mando para dirigir la retirada, la famosa *Retirada de los Diez Mil*. Posteriormente militó en las filas del ejército espartano y fué desterrado de Atenas; vivió como cosa de veinte años en Elis, pero ignoramos el lugar y la fecha de su muerte. Su obra maestra es la *Anabasis*, que describe la expedición de Ciro y la retirada de las tropas griegas. Escribió también una historia parcial de Grecia, la *Helénica*; la *Ciropedia*, supuesta biografía de Ciro el Grande, es, en realidad, una descripción ideal de la educación de un niño y del estado de una sociedad. Además dió á luz otras obras.

### DISCUSIONES ENTRE LOS CAPITANES GRIEGOS

1.—Desde aquí continuaron su camino por Arabia, dejando el río Eufrates á la mano derecha, y caminando cinco jornadas por tierra desierta y despoblada, pasaron treinta y cinco leguas. En este lugar toda la tierra es un campo ancho, redondo é igual á manera de mar, lleno de ajenjos y una selva de yerbas olorosas como aromas; pero no árbol alguno.

2.—Había muchos animales y bestias fieras, así como asnos silvestres y avestruces muy grandes; había también oti-

des y cabras monteses, las cuales cazaban algunas veces los de á caballo. Los asnos silvestres, cuando los seguía alguno, corrían delante de él, y después se paraban (porque corrían más ligeramente que el caballo), y cuando se acercaba el de á caballo, tornaban á tomar la carrera. Y de esta manera no los podían cazar, sino que atajándolos de una parte y de otra los de á caballo los tomaban en medio. Las carnes de éstos son de sabor de ciervo, aunque algo más tiernas.

3.—Avestruz, ninguno le pudo tomar; y si algunos de á caballo le seguían, luego se tornaban y le dejaban, porque corriendo con la ligereza de los pies, y aventajándose con la destreza de las alas, de que se aprovechaba como de velas, huía y se escapaba. Las otides eran buenas de tomar, si alguno las salteaba de presto, porque vuelan tarde como las perdices, y luego se cansan; las carnes de ellas son muy sabrosas de comer.

4.—Caminando por esta tierra llegaron al río Masca, que tiene de ancho cien pies, donde hay una ciudad grande yerma, llamada Corsote, que la cerca el río en torno. Aquí se detuvieron tres días para proveer al ejército de los mantenimientos necesarios.

5.—Partidos de aquí, anduvieron trece jornadas por tierras desiertas, en las cuales caminaron noventa leguas. Y dejando el río Eufrates á mano derecha, llegaron á las Pilas y Arabia. En estas jornadas perecieron muchas bestias de hambre porque no había pasto, ni hierba, ni árbol, sino que toda la tierra era estéril y seca. Los moradores de ella sacan unas piedras, cavando de unas canteras á par del río, de que hacen unas muelas para atahonas de asnos, y las llevan á vender á Babilonia, y del precio de ellas mercan trigo para pasar la vida.

6.—Ya le faltaba el pan al ejército, y no había donde poderlo mercar, sino era en el mercado de Lidia de los bárbaros, que estaban debajo del señorío de Ciro, y vendían cada *capite* de harina de trigo ó de cebada á cuatro *sigles*; que vale un sigle siete *óbolos* y medio, moneda de Atenas; y el capite hace dos *chenices* de la medida de Atenas. Así, que los soldados se mantenían con carnes.

7.—Eran las jornadas muy grandes porque se apresuraban por llegar á tierra fértil y abundosa, y aun alguna vez vinie-

ron á dar en un camino angosto lleno de cieno y de barro, y que apenas podían pasar los carros por él. Aquí se paró Ciro con los más buenos y más esforzados de los suyos, y mandó á Glun y á Pigreta, que tomasen parte del ejército de los bárbaros, y sacasen los carros de aquel mal camino.

8.—Mas como le pareciese que lo hacían perezosamente y de mala gana, como indignado por ello, mandó á los más principales de los persas que ellos los remediasen de presto. Aquí se pudo ver en parte un ejemplo de hombres bien doctrinados y obedientes á su príncipe: que luego todos ellos, desnudándose sus vestiduras de púrpura, cada cual en su lugar trabajaba como si fuera la contienda sobre alguna gran victoria. Y pasando un collado, y muchos de ellos con ropas muy preciosas y muslos muy ricos, y otros con sus collares de oro y brazaletes en las muñecas, se metieron en el lodo, y más presto que ninguno pudiera pensar, á fuerza de manos, sacaron los carros á buen camino.

9.—Y á todos era manifiesto que Ciro apresuraba su camino, y no se detenía en lugar ninguno, si no era por causa de las provisiones ó de otra cosa muy necesaria, teniendo por sí, que cuanto más presto viniese, tanto menos apercibido tomaría al rey para pelear contra él con ventaja; y cuanto más se tardase en el camino, tanto más espacio tendría el rey para allegar su ejército. Porque cualquiera que considerase este asunto atentamente, podía conocer, que el poderío del rey era mucho mayor que el suyo; así, por poseer más tierras, como por tener muchas más gentes de guerra, aunque por la distancia de los lugares, y tener derramadas sus fuerzas, era más débil y flaco. Así, que con sola la presteza y diligencia, le quería hacer la guerra.

10.—Había de la otra parte del río Eufrates una ciudad muy grande y muy rica, nombrada Carmande, de donde se proveían los soldados de todo lo necesario, que lo pasaban á comprar en unos bateles que habían hecho de esta manera. Tomaron las pieles de sus tiendas y estancias, y henchíanlas de heno liviano, después las cosían con unas costuras tan juntas y menudas, que no podía entrar el agua, y de éstas se servían en lugar de barcas, y pasaban en ellas, y traían las provisiones que tenían menester; porque había allí grande abundancia de vino hecho de dátiles, y muy mayor de panizo.

11.—En este lugar se levantó una gran discordia entre un soldado de Menón y otro de Clearco. Venido Clearco á ser juez de ella, por su sentencia mandó que el soldado de Menón que había hecho injuria al otro fuese azotado. El soldado afrentado se fué para los de su ejército, y les contó el hecho. Lo cual, oído por ellos, tomaron muy gran pesar, y se ensañaron contra Clearco.

12.—Y como el mismo día viniese Clearco de ver el mercado, que estaba al paso del río, y pasase á caballo junto á la tienda de Menón, acompañado de algunos suyos (que Ciro no había aún llegado), viéndole un soldado de los de Menón, que acaso estaba partiendo leña, le tiró con la hacha; y como éste le errase, luego otro le tiró con una piedra, y otro después de él, y así, todos á una voz le tiraron piedras.

13.—Clearco, pues, se fué huyendo á los de su compañía, hizo que todos á la hora tomasen las armas; y á los soldados de armas gruesas mandó que se quedasen allí con sus escudos enlazados á las rodillas; y él, tomando consigo los traces y los de á caballo, que había en su compañía más de cuarenta, mandó á los traces, que, de súbito, diesen sobre la estancia de Menón; y ellos lo hicieron así. De manera, que los espantaron á todos, y el mismo Menón corrió de presto á tomar las armas. Muchos de los que allí estaban dudaban qué podría ser aquello, y se maravillaban de ello.

14.—Entonces, Próxeno, que venía, acaso, detrás con su compañía de soldados de armas gruesas, poniéndose en medio de ambos con las armas caídas, rogó á Clearco que se dejase de aquella empresa, y no hiciese tan mal hecho. Mas Clearco se indignaba por esto con él; porque habiendo poco antes sido apedreado de los soldados de Menón, de tal manera que le mataran, si no escapara huyendo, le mandaba disimular tan grande injuria. Así, que le rogaba se partiese de en medio.

15.—En esto llegó Ciro, y sabido el hecho, luego tomó las armas en las manos, y con algunos de los persas que allí estaban presentes, salió en medio, y hablóles de esta manera: «Vos, Clearco y Próxeno, y los otros griegos que estáis presentes, no sabéis bien lo que hacéis, porque si ahora trabáis contienda los unos con los otros, habéis de pensar que en el mismo día, á mí primero, y á vosotros todos, después, os cortáis las cabezas. Porque si nuestras cosas van á mal, todos es-